

LA MALDAD NO TIENE LÍMITES

LA TERAPIA

ROBER ORTEGA

La maldad no tiene límites

ROBER ORTEGA

Segunda Edición: septiembre de 2019

© 2019, Rober Ortega Maquetación: Iluminada Ruiz

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A Virgi, sin ti “La terapia” no se hubiese hecho realidad “Hay mucho que aprender de las bestias” Bram Stoker

INDICE

<u>PRÓLOGO</u>	12
<u>1. RAÚL DUQUE</u>	14
<u>2. DOCTOR CEBRIÁN</u>	18
<u>3. LA PRIMERA SESIÓN</u>	22
<u>4. UN COLOR: EL AZUL</u>	29
<u>5. LOS LÍMITES DEL SEXO</u>	35
<u>6. TARDE DE CINE</u>	39
<u>7. MAITE GALLARDO</u>	43
<u>8. SINCERIDAD</u>	47
<u>9. TRAUMAS DE LA INFANCIA</u>	52
<u>10. UN ENCUENTRO CASUAL</u>	55
<u>11. MIKEL LARRETA</u>	59
<u>12. EL REENCUENTRO</u>	62
<u>13. PACIENCIA</u>	65
<u>14. NECESITO HABLAR</u>	68
<u>15. LAS PRIMERAS PRUEBAS</u>	71
<u>16. EL CHIP</u>	75
<u>17. DE EXCURSIÓN</u>	79
<u>18. LA MERIENDA</u>	87
<u>19. LOS INVITADOS</u>	90
<u>20. VA ANOCHECIENDO</u>	94
<u>21. EL SÓTANO</u>	100
<u>22. LOCURA</u>	103
<u>23. ÚLTIMA UBICACIÓN</u>	106
<u>24. EL POTRO</u>	110
<u>25. EL PRIMER PLATO</u>	116
<u>26. EL SEGUNDO PLATO</u>	119
<u>27. EL POSTRE</u>	122
<u>28. FUEGO</u>	132
<u>UN MES Y MEDIO DESPUÉS</u>	135

PRÓLOGO

Viernes 15 de febrero, 2019. 09:15h.

Sonaba el teléfono del despacho del doctor Samuel Cebrián.

—¿Doctor Cebrián?

—Sí, dígame.

—Buenos días. Soy Inés García, directora del centro penitenciario de Martutene —Cebrián se mantenía en silencio—. Verá, acabamos de conceder el régimen de libertad provisional a Raúl Duque, que se encontraba en tercer grado.

—Le escucho, sí.

—Duque fue condenado a 5 años y medio de prisión por abusos sexuales a una menor. Ha estado dos años dentro del centro en régimen de segundo grado, y año y medio en tercer grado. Ha tenido muy buen comportamiento, así que, si le parece bien, la condición del señor Duque va a ser que los dos años que le quedan de condicional vaya a su consulta semanalmente.

—Me parece perfecto, señora García.

—Por supuesto, y como siempre, a lo largo de la semana próxima recibirá en su despacho el informe psicológico del señor Duque. Podrían empezar la terapia la semana del 25.

—Pues mire, le propongo, si a la junta le parece buena idea, que la terapia sea los miércoles a las 9 de la mañana —el doctor hizo una ligera pausa, dado que estoy revisando la agenda y entre las 9 y las 10 tengo el hueco libre.

—Perfecto, doctor, ¿usted se refiere a comenzar a ver al paciente a partir del miércoles 27 de febrero?

—Exacto.

—Vale. A mediados de marzo si le parece bien le llamaré para concertar la cita mensual, como siempre, y así contarnos cómo ve al paciente.

—De acuerdo, esperaré su llamada, gracias por contar conmigo.

1. RAÚL DUQUE

Raúl había pasado dos años en prisión hasta que le fue otorgado el tercer grado, donde llevaba poco más de un año.

Su condena se había quedado en cinco años y medio por un delito de abuso sexual hacia una menor.

En aquel entonces, y tras la sentencia en un juicio largo y duro, sobre todo para la familia de la joven, las calles se volcaron. Hubo manifestaciones en apoyo a la chica de, entonces 16 años de edad, donde los ciudadanos reivindicaron que aquello fue una violación.

Sus primeros días en prisión fueron duros: amenazas, empujones y golpes, pero Raúl lo iba sobrellevando, tenía buen comportamiento, e incluso, en una junta de tratamiento, pusieron su nombre sobre la mesa a los cuatro meses de ingresar en el centro penitenciario para encargarse del economato, ocupando el lugar de un interno que pasaba al tercer grado.

La junta de tratamiento era la que decidía todo: puestos de trabajo, módulos y grados, entre otros, previo voto de todos sus miembros, y para ello debía haber una mayoría arrolladora. Allí votaba la directora del centro, Inés García, una mujer incorruptible y con mucha fama, ganada a pulso, de tener mano dura. No titubeaba a la hora de mandar al agujero a cualquier preso con mal comportamiento. Entre los miembros de la junta también se encontraba una jurista (Maite), una trabajadora social (Sonia), un educador, la psiquiatra, así como uno de los médicos del centro y un representante de los funcionarios. Todos ellos con amplios datos de cada recluso.

A los dos años de su internamiento, Raúl logró el tercer grado tras su cuarta junta de tratamiento, la cual pasaba cada seis meses. La primera tuvo lugar al poco de entrar en prisión, la de rutina, la que le asignaba el grado, el cual, salvo en excepcionales casos de terrorismo, reclusos demasiado violentos, o de asesinos en serie —algo muy poco habitual en aquel centro—, lo normal era asignar un segundo grado. Pasaron dos juntas más en las que no lograba el tercer grado.

Él siempre insistió en que nunca hizo nada de lo que la denuncia contaba. No estaba allí en el momento de los hechos, aunque sí muy cerca, y, por alguna extraña razón, la psiquiatra del centro creía en su inocencia. No hubo pruebas, y su condena, según el reo, era del todo injusta.

Maite, la jurista, también empatizó mucho con él e hicieron buenas migas. Tanto que, había días en los que Raúl necesitaba hablar con alguien, y allí estaba ella siempre para hacerle un hueco los días en que ella aparecía por el centro, y escucharle.

Pero, una última junta, en la que a Raúl se le pidió por enésima vez el tercer grado, tuvo benevolencia y unanimidad para que lograra pasar sus últimas noches en una galería en la que apenas tenía relación con un par de reclusos, de hecho, había logrado hacer amistad con Mikel. Aunque no estaban en la misma celda, pasaban muchas horas al día juntos, hasta que su amigo consiguió el tercer grado. Por suerte para él, no tenía altercados, dato fundamental para que se le aprobase el régimen de semi libertad. Sólo la trabajadora social votó en contra de su grado de semi libertad.

La noche siguiente a la junta, Raúl pasó al tercer grado. Debía pasar 3 días encerrado en una zona casi externa del centro penitenciario de San Sebastián, para ser nuevamente evaluado, esta vez por la junta de tratamiento del tercer grado, compuesto por un psicólogo, una trabajadora social y un educador.

Tras haber sido aprobada la solicitud de Raúl para poder lograr el tercer grado penitenciario,

lo primero que le venía a la mente era el juicio. Posiblemente corrompido por la voz del pueblo, quizá la falta de pruebas no había sido algo plenamente positivo para él, como siempre pensó. Cuando tuvo la oportunidad de defenderse, él, por supuesto, negó las acusaciones. Quizá era una cabeza de turco. La palabra de aquella chica contra la suya. Alguien debía pagar por aquello, y Raúl pasaba por allí. Nunca se encontraron pruebas congruentes de la agresión, algo que chocaba mucho a una pequeña parte correspondiente a la junta de tratamiento del centro penitenciario. Una chica menor de edad, de 16 años, había sido violada, y Raúl fue quien pagó por aquella agresión sexual.

Raúl logró un trabajo. Pintar era su vida, su mundo, y logró un contrato indefinido como pintor de exterior, especialmente de fachadas de edificios. No era la clase de pintura que él adoraba, pero, al fin y al cabo, no estaba del todo mal. De domingo noche a jueves noche iba a dormir al centro penitenciario, de once de la noche a siete de la mañana. Entonces era cuando quedaba libre todo el día. Trabajaba muchas horas, apenas hacía vida social, vivía con sus padres, quienes siempre lo apoyaron y creían en él y en su inocencia.

Tras un año en régimen de semi libertad, tuvo lugar su última junta, el tercer grado llegaba a su fin. Raúl daría la bienvenida a la libertad condicional. Tres años y medio de pesadilla en los que, aquel 15 de febrero llegarían a su fin. Comenzaba una nueva vida, alejado de barrotes, aunque con una condición: ver semanalmente a un psiquiatra, el doctor Cebrián.

2. DOCTOR CEBRIÁN

Miércoles 27 de febrero.

Samuel Cebrián llegaba temprano a su despacho. Allí tenía una parte de su mundo, un mundo que le satisfacía, le gustaba ayudar a las personas.

Lo que él llamaba el despacho, no era más que una gran oficina en un primer piso de un viejo edificio, una gran habitación donde el plato fuerte y central de todo consistía en un diván de los de antaño y el sillón donde él acostumbraba a sentarse únicamente cuando pasaba consulta. También llamaba la atención la gran mesa de escritorio repleta de papeles a la que acompañaba una cómoda silla de piel, las cuales pisaban una preciosa alfombra Gabbesh Lori Rojo. El nombre de la alfombra no hacía más referencia que a un exótico pájaro también conocido como Eos Bornea) —, muy parecido a un simple periquito, con una originalidad única en el color de su plumaje, de llamativo y fuerte color rojizo.

Las estanterías del despacho, contra todo pronóstico y viniendo de un doctor con una trayectoria intachable como la que presumía Samuel, estaban completamente vacías. Ni un libro, ni un marco de fotos. Nada. Lo único apreciable, al margen del desorden de su mesa, era el cuadro que rellenaba parte de la pared a espaldas de su mesa. Dentro de aquellos centímetros de cristal, y rodeada de un marco de color blanco, exponía su título de psiquiatría, un doctorado que no esperó hacer ni por asomo, ya que el doctor Cebrián soñaba con graduarse en bellas artes. Era su sueño desde que empezó a tener uso de razón, pero su entorno más cercano —su familia—, logró convencerles gracias a sus dotes casi innatas para las ciencias, y porque él fue durante su época de estudiante tanto de primaria como de secundaria, el paño de lágrimas y el mejor apoyo para su gente, sus compañeros de clase.

Samuel, sin saberlo, era un amante nato de las matemáticas. Donde sus compañeros sufrían pesadillas con los problemas habituales matemáticos. Aquel 27 de febrero, miércoles, y mientras hacía tiempo en su despacho esperando por Raúl, recordaba con melancolía algunos momentos tan habituales como cuando en aquellos tiempos en los que rozaba la pubertad, el profesor mencionaba el típico problema en el que otros críos acababan con unas jaquecas terribles:

“Si un tren sale de San Sebastián a las 14:22h a una velocidad de 153 km/h, otro tren sale de Madrid a las 14:43h a una velocidad de 93 km/h, y la distancia entre ambas ciudades es de 457 km, ¿en qué kilómetro y hora se encontrarán ambos trenes?”

La palabra tren ya era dura para sus compañeros. Para él era como escuchar una canción nueva de Los Bravos. Todo un Black is black en la vida real. Disfrutaba. Y mucho.

Parecía digno de un cuento, pero Samuel no sólo conseguía resolver problemas, ser perfecto en ortografía o aprenderse las fechas más importantes a nivel histórico, también lograba que un niño asustado, tras hablar con él, se convirtiese en un crío ilusionado. Una compañera suya sufría acoso escolar, y Samuel no dudó nunca en defender las causas que otras personas podrían catalogar de pérdidas, y él, y sólo él, logró que esa niña fuese a clase con una sonrisa pegada en su cara, y, sobre todo, que nunca más tuviese un mínimo insulto por parte de sus compañeras de clase. Y, además, únicamente utilizando la palabra como arma.

El don de Samuel levantaba pasiones entre los propios profesores, quienes tenían al chico como un alumno ejemplar, lo cual sirvió de inspiración a otros compañeros de clase. Él era, lo que se podría entender como un superdotado que empatizaba con cualquier persona, fuese un niño o un adulto, algo inaudito para todos y cada uno de los profesores de aquel instituto donde Samuel,

con la ley del mínimo esfuerzo, sacaba unas notas ejemplares. Todo en conjunto dio pie a que María Nieves, la tutora del chico, en una reunión con los padres de éste, les contase sus impresiones de cara a un futuro brillante.

El pasado de Samuel era más bien una incógnita. Nunca lo mencionaba, ni con colegas de profesión ni con sus propias amistades. Su sufrimiento era latente y no podía autoengañarse, pero, de puertas para afuera, siempre se mostró duro como una piedra. Tenía guasa que él siempre escuchaba a los demás, los ayudaba, pero no tenía ninguna terapia personal para hacerse sentir feliz. Era inevitable que, a veces, apareciese una voz en su cabeza que le repetía una y otra vez: “Y a ti, ¿Quién te ayuda?”

Aquella mañana era una mañana gélida. Había nevado toda la noche anterior y la ciudad era una enorme capa blanca bajo un manto de cielo gris. La temperatura del despacho siempre tenía cierta sostenibilidad, la cual junto al azul de sus paredes hacían de aquella habitación un lugar más bien tirando a confortable, creando un cierto ambiente armónico a pesar de todo. Pero ese día el doctor sentía escalofríos. Eran las 8:41h y faltaban menos de 20 minutos para recibir a Raúl Duque, el primer paciente del día, su primera terapia cara a cara con él. El doctor ya sabía, aun sin conocerle, que Raúl Duque sería un paciente muy especial.

3. LA PRIMERA SESIÓN

Miércoles 27 de febrero. 8:58h.

El doctor Cebrián terminaba de adecantar su mesa de escritorio. Cada cosa estaba en su sitio y aquella ya parecía más la mesa de una consulta que lo que era apenas 20 minutos antes.

Sonó el timbre y el doctor se levantó raudo de la silla. En apenas tres pasos abrió la puerta sin necesidad de preguntar quién era.

Volvió hacia la mesa dispuesto a coger un cuaderno y un bolígrafo, cuando sonó la puerta de arriba.

—Está abierto. —La voz de Samuel sonó grave y fuerte.

La puerta se abrió y un veinteañero con expresión facial de actitud amigable asomó por ella.

—Buenos días, soy Raúl. Tengo cita con us...

El doctor ni siquiera dejó que terminase la frase.

—Connigo, sí. Buenos días.

El doctor estrechó la mano, la cual fue correspondida por Raúl saludándose de manera cordial.

—Un placer, Raúl. Túmbese en el diván, o siéntese, como usted se sienta más cómodo.

Raúl tomó asiento. No le agradaba demasiado el hecho de tumbarse, al menos aún. Se sentía un extraño en casa de otro extraño, y no quería tomarse esa confianza desde el primer segundo.

—Muy bien, Raúl. Hoy únicamente quiero conocerle. Quiero que esté cómodo, ¿así sentado lo está?

—Sí, sí.

—Perfecto —Prosiguió el doctor—. He sido asignado para tratarle durante el tiempo en que usted esté en régimen de libertad condicional, así que nos tendremos que ver varias veces a lo largo de mucho tiempo, y quién sabe si nos llegaremos a conocer del todo.

Raúl asintió con la cabeza.

—Para poder llegar a conocerlo, me gustaría, antes de nada, que contestase a un breve test que tengo preparado para usted. Es rápido y sencillo.

—Por mí bien, no hay problema.

El doctor sacó el cuaderno un par de hojas con una serie de preguntas para rellenar. Tales como su color favorito, su animal preferido, número de la suerte, etc.

Raúl se tomó su tiempo para contestarlo, y nada más terminar se lo entregó al doctor.

—Muchas gracias, Raúl. Ahora si te parece bien comenzaremos nuestra primera sesión. — Raúl asintió nuevamente, y el doctor comenzó a preguntar.

—¿Por qué ingresó en prisión?

Raúl emitió un suspiro y comenzó a hablar.

—Hace ya casi tres años y medio que estaba de juerga, en plena Semana Grande de Donosti. Veníamos de un concierto, borrachos hasta las trancas. Yo perdí a mis amigos en lo que echaba una meada contra un contenedor de basura, y mi móvil estaba sin batería para poder llamarlos. Era una de las pocas calles donde no había nada de gente, y a lo lejos escuché a una chica pedir auxilio. Se me quedó mirando, así que iba a acercarme a ella, pero vi que llegaba un coche de la Ertzaintza, así que, ya que estaba tan pedo, y además solo, pensé en irme a mi casa. Estaba llegando y de repente, dos coches patrulla, uno de ellos se me plantó justo delante de mí en la acera, y salieron cuatro ertzainas a toda hostia, dos de ellos me tiraron al suelo y me pusieron las

esposas, además por detrás, como los criminales chungos. Así de rápido fue todo.

El doctor apuntaba lo más esencial.

—¿Qué pasó después?

—¿Pero esto qué cojones es? ¿otro interrogatorio? Pues estoy hasta los huevos ya de interrogatorios y preguntas, y más preguntas, joder.

Raúl se mostró visiblemente enfadado ante esa última pregunta, tal vez por las formas, o porque no quería hablar más de ese tema. Él consideraba que le habían robado más de tres años de su vida siendo tan joven. El chico en abril cumpliría 26 años.

—En absoluto —replicaba el doctor, intentando tranquilizar a su paciente—. Si miente, no me miente a mí, sino a usted mismo, y yo confío en todos mis pacientes, y en usted, por supuesto, también. Sólo trato de saber los hechos mediante su verdad.

Raúl cambió de parecer con respecto al diván, y se tumbó en él.

—Prosiga, por favor, señor Duque.

—Me dejaron un buen rato de pie, apoyado contra la pared, con los cuatro ertzainas a ambos lados de mí, a tan sólo dos portales de mi casa, vecinos en las ventanas cotilleando e incluso señalándome. Un coche rojo se paró frente a mí, se me hizo eterno ese momento, pero debió ser no más de un minuto y marchó. Por un talkie decían: es él.

—Lo está haciendo muy bien, Raúl. Siga, por favor.

—Me metieron en uno de los coches policiales y me llevaron a comisaría, me tomaron huellas, fotos, y me metieron en un calabozo. Ahí me tuvieron unas horas. Cuando ya era de día me dieron un vaso de leche y dos magdalenas. No podría quejarme, la Ertzaintza me trató bastante bien. Me sacaron, me volvieron a poner las esposas, lo cual agradecía ya que esta vez fue por delante, y me llevaron al juzgado por el parking. Allí esperé un buen rato, no sabría decirle cuánto, quizá una hora. Vino un señor contándome que había sido asignado como mi abogado de oficio, le conté mi verdad, él me dijo era libre de no declarar, de hecho, me recomendó no hacerlo. Dos ertzainas me llevaron delante de una jueza a prestar declaración, pero no hice caso a aquel señor, no lo conocía y no sabía realmente si aquello era para que todo acabase antes, o no sé, estaba perdido, y sólo vi una salida: decir mi verdad.

El doctor seguía anotando, y, antes de que Raúl prosiguiese, le hizo una pregunta:

—¿Quedó libre tras prestar declaración?

—Digamos que a la jueza mi testimonio le importó una puta mierda. Ni siquiera me miró a la cara en ningún momento. Para ella era un puto violador de niñas. Supongo que sabrá la respuesta Raúl se incorporó y nuevamente quedó sentado en el diván—. Prisión preventiva, inmediata y sin fianza. Ese mismo día ingresé en la cárcel, en Martutene, a la espera de juicio.

—Y la estancia en prisión, ¿qué tal fue?

—Pues mire, doctor, al segundo día me dieron una paliza mientras me duchaba, y claro, chitón, porque si hubiese contado algo me podrían haber matado. No fue la única paliza, pero sí la más jodida. No les importaba darme cuatro hostias sólo por verme. Los primeros días fueron peores que las peores pesadillas que haya tenido nunca, y hacer cola en el economato no fue mejor. Se colaban, que eso era lo de menos, pero lo hacían con empujones o me escupían directamente a la cara.

El doctor terminaba de anotar y hacía una raya.

—Hábleme de su infancia, ¿era feliz?

—Mucho. Tengo dos padres que fueron siempre mi gran apoyo. No tuve una infancia problemática si es eso lo que usted busca en mí, tampoco una juventud con drogas a mi alrededor. No puedo negarle que fumé mis porritos, que me gusta beber y disfrutar de la noche, pero

trabajaba para pagarme mis movidas. Y no, ni he sido un niño maltratado, ni nadie abusó nunca de mí. Nada.

—¿Trabajaba en aquello que le gusta?

—Sí y no. No pude estudiar, mis padres siempre fueron muy humildes, así que terminé la ESO y me puse a trabajar para el padre de una novia que tuve. Él era pintor, y, bueno, me sigo dedicando a ello, pinto fachadas.

—¿Le gusta la pintura?

—Sí, pero no esa pintura. Parte de mis ahorros los gastaba con caballetes, pinturas, lienzos, y pintaba cuadros. A mis padres les gustaban mis cuadros y en su casa tienen varios colgados, y además los exponen cuando hay visitas, ¿sabe? Como si fuesen cuadros pintados por Miró o Picasso. En casa de mis tíos también.

—¿Ha pensado en dedicarse profesionalmente a ello?

—Pues claro, doctor, pero no soy nadie, y si me reconocen por algo es por ser un violador. Jamás conseguiría exponer en una puta galería.

—Nunca diga nunca jamás, amigo. El talento cuenta y es lo esencial para un artista. Mire usted, Roman Polanski y Woody Allen fueron acusados de abusos, ambos con niñas menores de edad. En el caso de Allen, la niña era su hija adoptiva, y tenía 7 años cuando ocurrió todo, o eso contó la chica, incluso Bill Cosby, un actor que hizo reír al mundo entero, fue acusado por 60 mujeres, algunas de ellas menores de edad, algunas incluso eran niñas pequeñas. Recuerde que Michael Jackson murió habiendo sido acusado de una serie de delitos sexuales con menores, con niños, y aún hoy en día, 10 años después de su muerte, sigue siendo el Rey del pop. Mike Tyson también estuvo en prisión, violó a una chica de 18 años. Le acabo de poner cuatro ejemplos. Los primeros son dos de los mejores directores de la Historia del cine. El tercero es uno de los mejores cómicos de la historia. El cuarto es una de las mayores eminencias históricas de la música a nivel mundial, y el quinto fue uno de los mejores boxeadores del Mundo, aunque también le digo, que no lo tome como ejemplo, puesto que hoy en día no podría hacer una comparación generosa y, sobre todo positiva. Pero tiene ahí unos buenos ejemplos de genios que fueron acusados de delitos mucho peores de lo que fue usted sentenciado, y llegaron muy lejos.

—¿Quién ve películas de esos dos? Dígame, y ¿quién escucha ya hoy en día a un muerto cantar?

—Muy señor mío, voy a poner el mejor ejemplo: yo. Adoro el cine de Woody Allen. Hannah y sus hermanas es una de mis películas favoritas, y Granujas de medio pelo una de las comedias que aún a día de hoy más me han hecho disfrutar en toda mi vida. Y si hablo de mister Polanski, tampoco podría parar, El pianista o Chinatown son genialidades, sin dejar pasar Lunas de hiel como la película de culto de amor—odio con telón de fondo que aún hoy en día me sigue enganchando como el primer día. Y, por cierto, Jackson sigue siendo el Rey también en mi repertorio, lo mismo que Frank Sinatra, que también murió hace muchos años y siempre será «La voz».

Raúl, por primera vez desde que entró por la puerta del despacho del doctor, sonreía.

—Doctor, si le digo la verdad, yo soy más de Vengadores, de cine de terror, acción, todo aquello con lo que, posiblemente usted no disfrutaría.

—Perdone, señor Duque, si me pone a prueba y a riesgo de hacerle el mayor spoiler de su vida, quizá puedo incluso contarle la escena post créditos de Infinity War. ¿Cómo se queda?

El doctor adoraba tanto el cine, que su personalidad cambiaba como por arte de magia. Por un momento se había olvidado de quién era su paciente, y aquella conversación había pasado a ser una tertulia de cine. Pero Raúl tenía respuesta para aquello.

—Doctor, la vi en el cine el verano pasado. He estado más de un año en tercer grado, podía ir al cine. Si quiere le cuento yo el final de Infinity War.

El doctor no pudo evitar soltar una carcajada y tutear por un momento a su paciente.

—Vale, vale, tú ganas, Raúl. Nada más que decir.

Ambos rieron. Se estaba creando un vínculo entre el médico y su paciente sin apenas haberlo pretendido. El doctor giró la muñeca y miró la hora en su reloj. Eran las 9:53h. A las 10:15h llegaría su próximo paciente.

—Raúl, me ha gustado tenerle conmigo, pero en un rato viene mi próximo paciente, aunque para ser nuestra primera sesión juntos, considero que ha sido muy productiva.

—Gracias, doctor, opino igual. Gracias por escucharme.

—Tenemos cita todos los miércoles, supongo que se lo comunicarían —el doctor se levantó mientras hablaba y miró su agenda—. La próxima cita, miércoles 6 de marzo a las 9 de la mañana.

—Sí, doctor, todos los miércoles a las 9 de la mañana, me parece cojonudo, además en el trabajo me permiten ausentarme sin problema.

Raúl y el doctor se estrecharon la mano y se despidieron de su primera sesión.

4. UN COLOR: EL AZUL.

Miércoles 6 de marzo. 9:01h.

Raúl se disponía a sentarse después de estrechar la mano del doctor, tras un mutuo saludo verbal.

—¿Cómo han ido estos últimos días, Raúl?

—Pues mire, del trabajo a casa y de casa al trabajo. Eso sí, le hice un poco de caso, y me descargué Lunas de hiel.

—No tenía más que habérmela pedido y yo se la hubiese traído hoy en DVD.

—Descargo mucho de Internet, no se preocupe, ya es la costumbre.

—¿Y bien? ¿Qué le ha parecido?

—Si su director tenía una condena, lo mejor sería que la pasase viendo su propia película. Ridícula y absurda. Lo siento, doctor.

El doctor no pudo evitar soltar una carcajada.

—Es usted joven aún para disfrutar abiertamente del cine de Polanski, no se preocupe.

—Que no, doctor, no tiene nada que ver eso, son gustos, y prefiero disfrutar de cine comercial, peleas, superhéroes, terror, incluso comedias, pero ese tipo de paranoias cinéfilas no están hechas para mí. Y no pretendo ofender.

—Tranquilo, ante los gustos personales, sólo puedo decir una palabra: Amén.

—Pues soy ateo, así que mal vamos.

—Señor Duque —Cebrián respondía con absoluta seriedad—, amén no es una palabra estrictamente religiosa. Hace referencia a una conformidad, hacia mi conformidad lógica y respetuosa con respecto a sus gustos cinéfilos. De todas formas, nuestra sesión de hoy la vamos a dedicar a otra cosa. La semana pasada usted rellenó un formulario sobre sus gustos, aficiones, y este fin de semana tuve suficiente tiempo como para estudiarlo detenidamente.

—¿Y qué le pareció?

—Bien, bien, cómo no. Me ayudó a conocerlo un poco más.

—Apenas era sobre gustos.

—A usted le parece algo menor, pero sí, me ayuda a conocerlo. Usted ha pasado por un trauma, yo estoy aquí para ayudarle a que ese trauma emigre y no vuelva, y este tipo de formularios son un apoyo para que yo pueda lograr que usted se sienta ayudado.

—Gracias, doctor.

—No hay por qué darlas. Vamos a hablar un poco de todo esto, por ejemplo, el color azul, ¿qué representa para usted?

—Mi color favorito. Cómo no, el cielo, el mar, una sensación de paz. Su consulta está pintada de azul, también me gusta estar en un sitio así.

—El color azul inspira confianza, es un color muy agradable, pero a su vez puede ser un color frío e incluso que inspira fantasía. ¿Se considera usted más bien agradable o frío?

—He sido un tío muy agradable, doctor, pero creo que soy más bien frío, aunque no fantasioso.

El doctor, cuaderno en mano, anotaba estas últimas palabras.

—¿Cómo se considera usted? ¿Es una persona por lo general seria, alegre...? No me refiero al paso posterior por prisión, sino en líneas generales, haciendo una balanza de su vida.

—Creo que soy un tío tímido, he sido muy amigo de mis amigos, los cuales me dieron la espalda con toda la movida de la tía esa. Ni siquiera tuve por parte de esos cabrones el beneficio

de la duda. Fui juzgado por ellos antes de hacerlo el juez.

Cebrián trataba de no reaccionar visiblemente, pero estaba encantado con aquella situación. Estaba logrando sacar la ira del chico de puertas para afuera.

—¿Su familia le apoyó?

—Siempre. Mis padres nunca dudaron de mi inocencia. Gastaron mucho dinero en un abogado que no hizo nada por mí. Mis tíos y primos también, me apoyaron, sin ellos nada hubiese sido igual. Y son los únicos que aún creen en mí.

—Yo creo en usted, Raúl. Ya se lo dije hace una semana, creo en todos mis pacientes, y usted no podía ser una excepción.

—Se lo agradezco mucho, doctor, no sabe lo importante que es esto para mí.

El doctor se había ganado la confianza de su paciente en menos de dos sesiones, lo cual le impulsaba a seguir preguntando más datos de su vida por cortesía de un cuestionario sencillo, con colores, formas, números y aficiones. El color azul le había dado pie a conocer a Raúl y sólo pensaba en sacar más información sobre la vida del chico.

—Dígame, Raúl. El número 3, ¿qué significa para usted?

—Nací un día 3, ya sabe, siempre nos tira más el día en que nacemos para apostar por un número.

—Algo que tenemos en común, yo nací un día 3 también, en septiembre.

—Yo en abril, menos de un mes. Aries.

—¿Cree usted en temas esotéricos?

—Más bien por curiosidad. Leo el horóscopo, pero es como tantas cosas, un engañoso, a usted quizá hoy le acierte su horóscopo hoy, y mañana le acertará a otra persona.

—Pura ciencia, chico —buen momento para cambiar de tema, pensó el doctor—. La semana pasada me contó que su infancia fue buena, era feliz, ¿qué recuerda de aquellos cumpleaños cada 3 de abril?

—Nunca me faltó de nada, si quería una consola, mis padres se encargaban de que no me faltase. No me mimaban, pero me premiaban por ser, lo que ellos decían, un buen chico.

—Y dentro de un mes, ¿cómo pasará su cumpleaños?

—Doctor, eso ya pasó, mis últimos cumpleaños no han sido lo que se dice los mejores, lógicamente, con la edad ya vamos pasando de todo. Así que, mire, cae en miércoles, vendré a su consulta, iré a trabajar, y como mucho llegaré a casa y nada. El fin de semana puede que sí, que se celebre de alguna manera, que haya una tarta, que sople las velas con mi familia, puede que me regalen un reloj, o un móvil nuevo, que el mío ya me ha dicho “hasta aquí hemos llegado”, pero no espero gran cosa.

—¿No echará de menos a sus amigos?

—No, esos cabrones, como le dije, me juzgaron antes de tiempo, y ni ellos quieren saber de mí, ni yo de ellos. Murieron para mí, y yo para ellos. Punto final.

El doctor notó por segunda vez el nerviosismo de Raúl al hablar de sus amistades, y decidió dejar el tema para otra sesión.

—¿Qué tal lleva las noches?

—Duermo muy mal, doctor, pero no quiero tomar nada, ni pastillas, ni gotas, melatonina, no quiero nada.

—¿Y si yo le propusiese un ligero relajante muscular para combatir el estrés? Le ayudaría a dormir plácidamente sin necesidad de tomar esas pastillas que usted menciona.

—No sé, doctor, no me veo. Pienso mucho cada noche en muchas cosas.

—Cuénteme qué le atormenta.

—Doctor, de la cárcel se sale, siempre lo decían mis compañeros de galería, pero de las secuelas y movidas de la cabeza, no.

—¿En qué piensa cada noche?

—En esa hija de puta que me señaló, en los putos policías que presionaron para culpar al primer gilipollas que pasaba por allí. Nunca entendí nada, y sigo sin entenderlo. Una puta mierda todo.

—Tengo varias dudas, señor Duque, no me malinterprete, yo confío en usted, pero el viernes me llegaron una serie de informes procedentes del centro penitenciario. Psicológicos, la declaración inicial de la chica cuando llegó la Ertzaintza, e incluso la sentencia. Y según leí, la chica contó cómo iba vestido su agresor, su aspecto físico, y las coincidencias eran idénticas a las tuyas.

—Una coincidencia, y punto. Y no haga que me enfade o me voy.

—Tranquilícese, Raúl, no estoy para juzgarle, estoy para tratarle.

—No soy un puto loco, no necesito que nadie me trate. Esto es una encerrona de cojones.

Raúl se levantó del diván, un diván que en ningún momento tuvo al chico tumbado durante la sesión actual, sino que se mantuvo sentado en todo momento. El doctor sentía que estaba llevando a su paciente al terreno que tanto deseaba llegar.

—Raúl, le han regalado dos años de libertad, no los desperdicie. Estoy para ayudarle, siéntese un momento, por favor. Ya casi es la hora y me gustaría terminar bien.

—Pues no me toque los cojones —Raúl volvió a sentarse.

—Tranquilo, mire, le propongo que tome cada noche el relajante muscular que le voy a dar, y estoy seguro de que me lo agradecerá.

Raúl se encogió de hombros sin decir nada. El doctor se levantó, abrió el segundo cajón de su mesa, y sacó un bote de pastillas. Contó siete, las metió en una bolsita de plástico y se la entregó a Raúl.

—Una, sólo una, Raúl, media hora antes de acostarse.

El chico cogió la bolsita, la guardó en el bolsillo, se levantó y sin mediar palabra, se dispuso a marchar.

—Raúl, miércoles 13, misma hora. Le espero. Gracias por su presencia una semana más.

Raúl miró de reojo al doctor, y sin decir nada, abrió la puerta, y al salir, dio un portazo.

5. LOS LÍMITES DEL SEXO

Miércoles 13 de marzo. 9:03h.

Doctor y paciente, frente a frente. Raúl sentado en el diván, Cebrián en su sillón. El momento podría haber sido más tenso del esperado por el propio doctor. Raúl no fue capaz de decir un sencillo Buenos días. Estaba dolido, furioso, y no se sentía con tanta confianza como dos semanas atrás con su doctor.

—Raúl, ¿tomó usted las pastillas?

En actitud chulesca, Raúl sacó la bolsita con las siete pastillas del bolsillo derecho de sus jeans.

—No las necesito.

—Si usted lo ve así, lo respeto, por supuesto. Mi intención no es otra que la de ayudarlo, y esas pastillas no son más que una manera de ayudar a hacer su vida más amena, incluido su sueño.

—Usted me dejó por los suelos, como un mentiroso, no confía en mí, pero yo tengo que seguir viniendo a su puta terapia. Sus movidas, colores, tonterías, películas malas, pero da usted por hecho que soy un puto violador.

—Se equivoca usted, y mucho. Le repito por enésima vez: confío en usted, en su palabra, lo demás son papeles escritos. Trato de conocer su verdad, la que usted me ha contado, y su verdad es mi verdad, nunca lo olvide. No será la última vez que usted se enfade conmigo, así que lo entiendo y lo seguiré entendiendo.

—Pues entonces no me toque los cojones y no me enfadaré mientras, Raúl tomaba una postura más cómoda, tumbándose en el diván.

El doctor sentía que volvía a tener a Raúl a su antojo, y no dudó en sacar un tema tabú.

—Sexo, ¿qué es para usted?

—No quiero hablar de eso, no violé a esa tía.

—No vamos a hablar de la chica, Raúl. Lo diré de otra manera, ¿qué tipo de sexo le gusta?

—Pues el normal, supongo, pero hace mucho que no tengo sexo.

—¿Recuerda su primera vez?

—La primera vez que tuve algo de sexo no hubo penetración. Fue en el instituto, me enrollé con una tía de clase en los baños y me hizo un trabajillo manual.

—Por mí no se preocupe con el lenguaje, si quiere decir paja, diga paja, y si quiere decir mamada, no se corte, es usted libre de utilizar un lenguaje menos cordial.

—Vale, doctor, pues me hizo una paja, me chupó el temita, y se tragó todo después. No me gustó que me la chupara y nunca más volví a tener sexo oral.

—¿Y su primera vez con penetración?

—Con su mejor amiga, en verano. Coincidí con ellas en una verbena, ella quería follar, pero yo ya no quería nada con ella, así que me enrollé con su amiga y después nos fuimos al Paseo Nuevo.

—¿Su primera vez fue en el Paseo Nuevo?

—Sí, y pasaba gente, pero íbamos muy borrachos.

—¿Sexo normal?

—No, sexo muy cerdo. Me pedía que la pegase y la dejé el culo rojo como un tomate.

—¿En plena calle? Increíble —el doctor fue más allá—. ¿Le gusta el BDSM?

—¿Y eso qué es?

—Bondage, sado maso. Pegar forma parte de ese juego sexual. Hay hombres que pagan por ser azotados, incluso.

—Ah no, yo prefiero dar, pim pam, pim pam, pum. Me pone muy cachondo. Pero como le digo, hace mucho que no tengo sexo.

—¿Masturbación?

—Pues claro, doctor, y quien diga que no se pajea, miente.

—¿En qué piensa cuando se masturba?

—Tengo gustos un tanto raros, pero entonces, pensará que soy peor de como usted mismo puede verme.

—En absoluto, Raúl, no le juzgaría nunca, todos tenemos fantasías sexuales, ¿o se piensa que yo no?

—Pues entonces, usted me cuenta una, y yo me abro más.

—Pues mire, aún hoy en día con mis 59 años, me sigue gustando crear nuevas fantasías con mi mujer. Incluso, y esto se lo digo con plena confianza, hace no mucho ella estaba recién salida de la ducha, peinándose, desnuda, un poco agachada, y jugamos a que era una víctima indefensa y yo un violador. Ella gimió de una manera sobrenatural, y no le miento, amigo Raúl, si le digo que ese polvazo quedó entre los mejores que he echado en mi vida.

—¿Puede dejar el cuaderno en la mesa? Ya que nos estamos sincerando...

Cebrián dejó el cuaderno en la mesa, como Raúl le había pedido.

—Doctor, soy Raúl, usted Samuel, le propongo que nos tuteemos durante este rato, y que usted sea mi amigo, no mi doctor.

—Vale, Raúl, me parece muy bien. Como ves, todos tenemos nuestros secretillos, nuestras fantasías. Hace un rato no querías ni verme y ahora soy tu amigo, y eso me gusta mucho.

—Confío en usted. Esto será nuestro, sólo usted y yo. Nuestros secretos más íntimos, pero igual que yo confío en su palabra, usted deberá confiar en mí, en mis secretos.

—No lo dudes, amigo.

—Samuel, me follé a esa chica. Estábamos borrachos, ella también, la conocí al poco de perder a mis amigos. Se tomó lo que me quedaba de cubata. La besé, me besó, y no pude contenerme. La bajé las bragas, llevaba una falda tan corta que su ropa me pedía que me la follase. Cuando la penetré me pedía que parase, pero sabía que ella deseaba ser follada.

—Gracias, Raúl. Tu confianza es muy importante para mí. ¿Qué pasó después?

—Me cortó el rollo, empezó a gritar pidiendo auxilio, y me acojoné y salí corriendo.

Raúl cortó por un momento la charla.

—Samuel, necesito ir al baño un momento.

—Sí, Raúl, además es la hora, en nada me llega el paciente de las 10, pero me gustaría tener una charla contigo lejos de este sitio, ¿qué te parece si quedamos el fin de semana y vamos al cine?

—Pero ya sabes que yo no veo tonterías de esas que me recomiendas, eh, doctor.

Ambos rieron. El doctor se levantó del sillón, se acercó al chico y le puso la mano en el hombro.

—Te llamo el sábado por la mañana, ¿vale?

—Perfecto, doctor. Esperaré esa llamada.

—Y toma las pastillas, por favor.

—De acuerdo, lo haré.

Raúl abrió la puerta, se despidió del doctor, y marchó.

6. TARDE DE CINE

Sábado 9 de marzo.

Samuel y Raúl se encontraban a las puertas de los cines Príncipe, donde habían quedado para ir a ver Capitana Marvel. Una película de las del chico, comercial, de superhéroes. Nada podría salir mal. El doctor pagó las entradas, y Raúl las palomitas.

Raúl no podía ir al cine sin palomitas. Las comía dulces. Eran sus favoritas. En aquellos cines, además, aquellas palomitas no eran las típicas de colores, sino que les echaban caramelo. Empachaban, sí, mucho más que las normales son sal, pero como las hacían allí, no las había comido el chico en ningún otro cine. Samuel, sin embargo, era más de palomitas saladas, aunque no era un hombre muy acostumbrado a comer en el cine. Pero la ocasión lo merecía. Iba a ver una película comercial, y todo blockbuster merece ser acompañado por palomitas y un buen refresco.

La sala estaba llena. Las entradas eran numeradas, y el doctor había logrado comprarlas en la fila 14, la última, butacas 16 y 17, justo en el centro. Raúl solía preferir ver las películas en medio de la sala, en las filas 7 u 8. Decía que el sonido se apreciaba mucho mejor, pero, al llegar a sus butacas, le pareció una gran idea aquello de ir atrás del todo, sobre todo porque no tendrían a nadie detrás cuchicheando.

El mayor problema que tenía Samuel con el cine comercial era que se llenase de críos, o de gente sin un poco de respeto por los demás espectadores. Aquellos que, en medio de la película sacaban el teléfono móvil, o quienes llevaban comida de fuera y hacían ruido con bolsas de patatas y aperitivos.

Tras ver la película, hablaron sobre ella, sobre las dos escenas post créditos, que dejaban a Raúl con unas ganas locas de ver la siguiente de Marvel, la definitiva, la de los tropecientos mil superhéroes contra el todopoderoso Thanos: Endgame. Raúl se mostraba eufórico, sin embargo, Samuel apenas asentaba con la cabeza. Dio la impresión de que Capitana Marvel no había sido plenamente satisfactoria para él.

Ambos fueron a tomar un café a un bar próximo a los cines. Hacía frío, aquella tarde llovía a cántaros, por lo que tomar un café bien calentito en el interior de un local, era una idea sencilla, pero perfecta. Se sentaron al fondo, sin bullicio, sin gente alrededor. Todo un espacio para ellos solos, pero aquello, por primera vez, era algo absolutamente personal.

—Raúl, tu amistad me gusta, y siento que, aunque esté incumpliendo una regla clave en una relación médico—paciente, me gusta conocerte y siento que puedo contarte todo de mí, mis secretos, mis intimidades más cerdas, y mi pasado.

—Estoy en la misma situación que usted, doctor.

—Calla, calla, sólo Samuel, somos amigos, ¿recuerdas? Y desde ya, tutéame, por favor, que aún no he llegado a esa edad de jubileta en la que nos ven como la tercera edad y no hay marcha atrás.

—Me siento un puto privilegiado, ahora resulta que yo también voy a escucharte. Me gusta mucho la idea.

—Digamos que yo también he hecho muchas cosas, sobre todo en el pasado. El sexo simple no se hizo para mí. A mi mujer le encanta que me la folle a hostias, pero no a todas les ha gustado.

—Joder, doctor, la hostia, me acabas de descomponer, ¡qué puto crack!

—Una vez rompí la nariz de una puta. Me la follé contra una pared con tanta fuerza que la hostié y la dejé sangrando.

—¿Y qué hiciste?

—Marché, la dejé tirada. Eso incluso me dio para hacerme tres pajas esa noche. Me puso cachondísimo pensar en cómo se daba de hostias y no se quejaba. Incluso gemía.

—Estás hecho un sinvergüenza cojonudo, doctor. Pues yo no me he quedado corto —Raúl no pudo evitar sacarse del alma una carcajada—. A la cerda que me denunció, lo que le hice ha sido lo más, digamos light, que he hecho a una tía. Está mal que lo diga, pero he violado a tres tías más, y me gusta forzar, me da muchísimo morbo. Esta vez me pillaron, pero porque lo hice como el puto culo, en mi propia ciudad. Las otras tres zorras fueron en otras ciudades y ni me pillaron las cámaras, pero con esa iba muy borracho y la cagué.

—Raúl, eres un hijo de puta, tío, un puto macho alfa.

—Doctor, me gusta cuando hablas así. Tengo muchas fantasías jodidas de hacer, ya sabes, las putas leyes que amparan a las feministas de los cojones.

—Siempre hay maneras de hacer realidad cualquiera de nuestras más oscuras fantasías. Tiempo al tiempo —Samuel reía según lo contaba.

Raúl miró la hora en su móvil.

—Coño, Raúl, ¿móvil nuevo?

—Sí, lo compré ayer, que el otro lo tenía ya que ni la batería iba bien. Son ya casi las diez, y mañana me gustaría madrugar para ir al monte a desconectar un poco más, ¿te importa si marchamos para casa?

—Me parece genial, Raúl. Ya tendremos tiempo, no te preocupes. Yo me quedo un rato más aquí, que con el frío que hace, estoy encantado.

—El miércoles a las 9, ¿vale?

—Miércoles día 20, sí, señor. Sin falta. Pero volvemos a ser médico y paciente, aunque sea por un rato, ¿vale? Y tómate la pastilla nada más llegues a casa.

—Sí, claro, como siempre, no te estoy fallando.

Raúl se levantó, le dio la mano a Samuel, quien la aceptó, pero de una manera más fría de lo que había sido aquella tarde. El doctor, relajado, y sin un ápice de prisa, quedó sentado, y el chico marchó.

Samuel esperó un par de minutos, sacó el móvil del bolsillo, e hizo una llamada.

—Buenas noches, Maite. Disculpa las horas. Mira, lo tengo donde quería —dijo cuando alguien descolgó el teléfono—. Ya es mío. Sí, ha cantado más que Sinatra. Culpable. Como el demonio. El lunes hablamos. Agur.

7. MAITE GALLARDO

Maite Gallardo, la jurista, era, posiblemente, una de las mujeres más atractivas que haya pisado aquel centro penitenciario. Divorciada, sin hijos, y recién estrenados unos estupendos 40 años, la vida de Maite se basaba en estudiar los casos de aquel centro, e intentar esclarecer una serie de verdades que, a veces, se antojaban complicadas. En toda cárcel que se precie, la frase más repetida por un preso siempre había sido un “yo no he sido”, “yo no lo hice”, o “soy inocente”, lo cual hacía su labor más complicada de lo habitual. Pero Raúl, Raúl era diferente a todos los presos con los que había tratado.

Ella era la persona que más confiaba en Raúl de todo el centro penitenciario. Bien es cierto que indagó en el caso para intentar averiguar la verdad, pero de poco sirvió. No hubo rastros de semen, tampoco se consiguieron huellas que incriminasen directamente al acusado. La primera incógnita vino con el ADN, dado que hubo muchas faltas de pruebas en muchos sentidos, una investigación más bien chapucera, y muchas dudas sobre la veracidad del testimonio de Raúl entre demasiadas mentes especializadas. Todo un sinsentido profesional que chocó en la mente de la jurista desde el primer momento.

El doctor había sacado toda, o al menos, gran parte de la verdad sobre un chico que en tres años y medio sólo había dado pena dentro de todo un centro penitenciario, con una serie de profesionales a su alrededor estudiando sus movimientos, sus inquietudes. Raúl había entablado una gran confianza con la jurista, quien lo apoyaba. Siempre hubo una serie de incógnitas con todo aquel tema de la presunta violación, pero nadie lograba sacar la auténtica personalidad de Raúl Duque. Samuel Cebrián lo había logrado a las pocas horas de conocerlo.

Maite había hablado, casi desde el ingreso del chico en prisión, con Arantxa, la psiquiatra del centro, para expresarle sus dudas, pero la médica opinaba igual. Su versión siempre fue la misma: Un chico sin problemas, amigable, sin problemas ni trastornos de la infancia, que estaba en el lugar equivocado, y en el momento más inoportuno. La chica, presionada, señaló por segunda vez a Raúl ante su nerviosismo, y en el juicio, escondida tras un biombo, no supo decir que aquel no era el hombre abusó de ella.

En el tercer grado la cosa no cambió, puesto que todos los miembros de la junta opinaron igual. Maite intentó hablar con cada uno de ellos, y habló. Expresó su opinión, y siempre hubo razones de peso para creer que ese chico era inocente.

Lunes 15 de enero, 2018.

Cuando Raúl llevaba unos meses en el tercer grado, Maite, en su obsesión por conocerse la verdad a pesar de que ya hubiese pasado el juicio y la condena ya iba pasando, recibió una llamada de mucho agrado. Era Francisco López, un conocido suyo, miembro de la policía científica autonómica.

—Buenos días, Maite. Mira, esto no puede salir de aquí, pero me pediste un favor y he estado buscando nuevas pruebas, pero no dimos con la más mínima huella de Raúl Duque en la ropa de la chica, lo cual es demasiado extraño.

—Gracias por tu llamada, Fran. Sigo sin creerme que ese chico sea culpable.

—Yo tampoco lo creería, Maite. Para lo que te llamaba no era precisamente para eso. Encontré otra cosa. Quedemos.

Aquella tarde llovía a raudales. La jurista y el ertzaina habían quedado en un bar muy habitual entre miembros de la policía autonómica vasca, muy cercano al cuartel de la Ertzaintza de

Donostia. Maite se había pegado una mojadura tremenda, así que nada más entrar en el local pidió un café bien caliente. Diez minutos antes de la hora de la cita ya estaba allí, sentada en una mesa, esperando, deseosa de conocer lo que el agente le tuviese que contar.

Fran apareció puntual. Se saludaron cordialmente. Él pidió un café, se sentó frente a la mujer, y comenzaron a hablar.

Lunes. 11 de marzo, 2019. 11:00h.

El doctor Cebrián tenía una cita con Maite Gallardo. Samuel tenía una única obsesión en la vida: llegar puntual a las citas.

Maite llegó 20 minutos tarde. Samuel tenía un café con leche en la mesa, el cual casi había terminado.

—Perdona, Samuel —saludó al doctor y se sentó—. Me ha sido imposible venir a tiempo.

—Tranquila, mujer, eso sí, pagas tú los cafés —ambos rieron.

—Cuéntame, porque he pensado muchísimo en tu llamada de anteaer.

—Ha confesado, Maite. Y lo que le hizo a esa chica no fue lo peor que ha hecho, a ella la estaba violando en plena calle, pero gritó pidiendo auxilio, se asustó y el individuo se fue. Otras chicas no tuvieron la misma suerte, y aún no sé ni de qué ciudad o pueblo eran, pero le sonsacaré.

—¿Cómo has logrado? —Maite pausó para suspirar ¿tan rápido?

—Me puse a su altura, le dije cosas que él querría escuchar, y saqué al exterior al monstruo que ese chico llevaba dentro.

—Estoy impresionada, Samuel, sabía que no fallarías, y no lo has hecho, pero tu rapidez sí me sorprende, y muchísimo. Eres el mejor, no lo olvides. Confíe demasiado en ese chico, y algo me decía que no podía hacerlo.

—Maite, el juicio pasó, no te obsesiones tanto, lo único que puede servir es para conocer a sus víctimas del pasado, que mires cómo quedaron aquellos juicios, o si vuelve a atacar, que entonces lo encierren de por vida, aunque con las leyes de este país, el chaval en 5 años vuelve a estar suelto violando a otra chica.

—Pero supongo que confías en que se pueda hacer algo gordo contra él.

—Confío, Maite, pero lo desconozco. Yo seguiré viéndole, ganándome toda su confianza, por ello no te preocupes.

—Gracias, Samuel, yo voy a seguir luchando por esclarecer la verdad e intentar que alguien haga justicia.

Maite se levantó, dejó un billete de 5€ en la mesa a pesar de no haber tomado nada, y marchó, dejando solo a Samuel en la mesa meditando, pensando en todo aquello.

8. SINCERIDAD

Miércoles 13 de marzo, 2019. 8:52h

Raúl tocó el timbre del portal unos minutos antes de lo habitual. Le gustaba pasar tiempo con su doctor, y se le ocurrió ir un poco antes para charlar con él.

Al llegar, abrió la puerta, esta vez sin necesidad de tocar, y abrió directamente. El doctor ya lo esperaba sentado en el sillón. Raúl, como si estuviese en su casa, saludó efusivamente a Samuel y se tumbó en el diván. Venía dispuesto a contarle todo.

—Doctor, hoy necesito sincerarme con usted. Llevo mucho tiempo engañando a todo el mundo, y estoy súper orgulloso de que nadie me haya pillado nunca.

—Bueno, Raúl, tanto como nadie... La jurista me llamó anteayer lunes.

—Esa zorra sospechó siempre, solía hablar con ella, le daba pena, pero tras su sonrisita falsa, siempre sospechó, y lo sé.

—Pues bien, me dijo, entre otras cosas, que no me dejase engañar por ti, que mentías, que volverías a delinquir y nadie te protegería.

—Y usted, ¿qué le dijo?

—Que eres un pobre inocente que está terminando de pagar por algo que no hizo —el doctor mentía claramente, en pro de avanzar un paso más en su afán por ganarse la plena confianza de su paciente.

—Ese es mi puto doctor. Recuérdomelo invitarle a una buena barra libre de cubatas.

—Has venido entonces a sincerarte. La única manera de conocernos bien es que no me ocultes nada más desde ya.

—Pues verás, Samuel —de repente Raúl sintió esa necesidad de tutear nuevamente al doctor, he dado muchas vueltas a la cabeza estos días, apenas he podido pegar ojo, y esos relajantes musculares apenas me han hecho nada. Y entre tanto pensar, te he mentido en demasiadas cosas.

—Soy todo oídos, chaval.

—Mis padres son buena gente, ¿vale? Pero digamos que hace unos cuantos años estaba yo solo en casa. Tocó la puerta mi vecino, un señor que ya estaba mal de la cabeza a raíz de un cáncer de testículos. Me pidió un cigarro. Yo tenía 11 años, pues claro que no fumaba. Preguntó si estaban mis padres, le dije que no, empujó la puerta y pasó a casa.

El doctor levantó la vista a través de sus gafas. Su gesto denotaba sorpresa por lo que estaba escuchando. No pudo evitar dejar el cuaderno en la mesa y seguir escuchando a Raúl.

—Me violó. Ya sé, que sí, igual soy un enfermo, que no lo superé, pero realmente sí, ¿sabes por qué? Porque me vengué. Y también, no se lo voy a negar, me dolió, mucho, pero cuando me masturbo tengo deseos anales, supongo que algo me debió gustar.

—¿Qué pasó con aquel hombre? ¿Por qué te vengaste? ¿Qué hiciste?

—el doctor no salía de su asombro por la manera tan sencilla en que su paciente se acababa de abrir en canal contando su más profundo secreto.

—Lo maté. Estaba loco, se le iba la puta cabeza. Así que, cuatro años después, llamé a su puerta, le dije que quería su polla. Nos fuimos a las vías del tren. Se la tuve que chupar junto a unos matorrales, tío, menudo puto asco, pero cuando sentí que venía el tren lo empujé. Sus sesos aún seguían en aquella zona semanas después.

—Pero el maquinista te vería, como poco.

—Eso es lo mejor, en las noticias, en el periódico y en todos lados salió la noticia de que un

hombre había sido arrollado por un tren con aparente signo de embriaguez. Y como el tren lo dejó hecho una puta mierda, no pudieron ni hacerle la puta autopsia.

—Dime, Raúl, ¿has matado en alguna otra ocasión?

—No quieras saber tanto, doctor, déjame contarte más en la próxima sesión. Ahora que ya te he contado un secreto, tienes que contarme otro tuyo.

Cebrián había escuchado muchas historias a lo largo de su carrera. Desahogos, secretos del pasado de tantísimos pacientes, que, posiblemente en ese momento ni recordaría una décima parte de esas historias. Trató a asesinos, violadores, y una inmensa mayoría mostraban, de alguna manera, arrepentimiento. Raúl era todo lo contrario, se relajaba contándolo. Se notaba que disfrutaba haciéndolo, y eso al doctor le llegó a preocupar.

—Raúl, al principio me has hablado de tus padres, que eran buena gente, y has utilizado la palabra «pero», justo antes de contarme aquel, digamos, altercado.

—Tenía 11 años. No sabía lo que era el sexo. Se lo conté a mi madre, no me tomó en serio. Mi padre fue peor aún. Soporté cosas como este niño tiene demasiada imaginación, o cambia o va a un colegio interno, y muchas cosas más. No fueron justos conmigo. Tampoco les reproché nada, porque demostraron siempre que me han querido como a nadie.

En el fondo, al doctor le sorprendía demasiado la falta de empatía que Raúl tenía con las mujeres, o con aquel pobre loco al que tiró a las vías del tren, pero cómo sacaba una y otra vez su punto débil: su familia.

Hubo un silencio tan largo y desgarrador, que alguien debía romperlo.

—Ha pasado un ángel —dijo Samuel.

—¿Dónde?

—Cuando de repente se hace el silencio, se suele decir eso: Ha pasado un ángel.

—Ah, vale —Raúl no le dio la más mínima importancia a aquella curiosidad que acababa de descubrir.

—Vamos a ver, Raúl. No te voy a negar que me has roto todos mis esquemas, ni tampoco que nuestra confianza el uno en el otro se hace cada día más fuerte, y eso me gusta, me gusta conocerte, ya no como paciente, sino como amigo, porque somos amigos, ¿no?

—Pues claro, pero espero tu secreto.

—Vale, mira, cuando cumplí 17 años, mis amigos me regalaron una muñeca hinchable. Dejé el folleto femenino por montármelo con ella. Una vez, mi madre me pilló, ¿y sabes qué hizo? Contárselo a medio barrio. Imagínate la vergüenza que pasé por entonces.

—¿Y ya? ¿Eso es un secreto? Un secreto es algo que nadie más sabe.

—Bueno, lo tuyo con aquel hombre lo sabían tus padres, aunque yo haya sido el ¿primero? en creerte.

—El primero y el único, sí.

—Pues es un avance más. Yo te prometo que el próximo secreto que te cuente, te dejará con la boca abierta. Y ahora, por favor, voy a darte pastillas, pero un poco más fuertes. ¿Tienes alguna alergia?

—No que yo sepa, pero estas pastillas no es que me hayan sentado muy bien.

El doctor se levantó, abrió el tercer cajón. Tenía varios botes de pastillas, buscó el que necesitaba, lo abrió, contó siete pastillas, y las metió en otra bolsa similar a la que dos semanas antes había insertado otras siete pastillas contra la ansiedad.

—Ten. Hazme caso y tómate una al día. Como te dije con las otras, media hora antes de irte a dormir. Son un poco más fuertes, pero te ayudarán mucho. Ahora ya es la hora y debo preparar la siguiente consulta, que mi próximo paciente no tardará en llegar.

—Gracias. ¿Quedamos el fin de semana?

—Este será imposible, Raúl, ya que tengo una convención, ya sabes, loqueros por todos lados, prepotencia por doquier, un asco. Pero para el sábado siguiente no te diría que no. De todas formas, nos vemos el próximo miércoles día 20, y si necesitas algo, tienes mi número.

—Vale, nos vemos en una semana Raúl tenía una ligera tristeza por no poder pasar el sábado con su nuevo gran amigo. Salió por la puerta, cerró y marchó.

9. TRAUMAS DE LA INFANCIA

16 de marzo, 2019.

Aquel sábado le falló su paño de lágrimas, su amigo, su confidente: su doctor. Eran apenas las ocho de la tarde y Raúl estaba tirado en su cama de 1,35, la cual se le hacía enorme, escuchando la música que sonaba en ese momento en la radio. No prestó mucha atención en lo que sonaba en ese momento, era algo de música pop. No pudo evitar tener un momento de debilidad, ni esquivar la necesidad de dar vueltas a lo que había sido su vida.

Siendo un niño sufrió abusos sexuales, le había contado al doctor el que, sin duda, sería su mayor secreto inconfesable, y por un momento sentía celos hacia su propia intimidad.

Después de todo aquello, Raúl tuvo experiencias desafortunadas en su infancia. Con 10 años, durante la comida de su comunión, mientras sus padres, tíos y primos sacaban fotos y posaban junto al chico, el hermano pequeño de Raúl, Alfredo, de seis años, se asfixiaba por culpa de una aceituna con hueso. Para cuando se dieron cuenta ya era demasiado tarde.

Raúl no volvió a una Iglesia ni cuando murió su abuela. No volvió ni con los catequistas a hacer la postcomunión, ni hizo la confirmación. La Iglesia se había convertido, de alguna manera, en una fobia insuperable, a pesar de que Alfredo no muriese en una. Si Dios existía, aquel fatídico domingo de mayo se había esfumado, en un único viaje de ida, y no volvería más a su vida. No era demasiado devoto, lo típico de un niño a su edad, con sus láminas de Jesús para colorear, la historia y milagros del hijo de Dios, pero paradójicamente, el día de su comunión, negó la existencia del Señor para siempre.

Seguía sonando la música en la radio, cuando anunciaban un éxito de Madonna, Frozen. Raúl era muy pequeño cuando sonaba aquel clásico del año 98 en todas las radios, y su videoclip era tan viral que los tatuajes de henna se habían puesto de moda a una velocidad de vértigo. Tiempos aquellos en que se extinguían las modas a través del boca a boca, en los que el término viral aún no existía, y que Raúl tenía muy presente esa canción, puesto que su madre la cantaba asiduamente.

Con 4 años, Raúl era un niño como cualquier otro: con ganas de jugar en los columpios, dar patadas a un balón, recién había aprendido a hablar de una manera más bien correcta, y aprendía a contar más allá del número 10. Casi se sabía el abecedario entero, y le gustaba ir al colegio, donde iba conociendo a muchos amigos que jugaban con él y se sentía uno más. Para él, llegar a casa y ver a su madre cantando Frozen, era otra anécdota feliz en su día a día. Ella bailaba, se ponía un velo, y cubría al chico con él. Su hermano Alfredo, de un año, daba palmas al verlos bailar, y se alegraba aún más cuando su madre cambiaba la música y les ponía un cd con música infantil. Su favorita era Ilarié, de Xuxa. Esa canción los volvía locos. En el momento de cantar oh, oh, oh, Raúl se subía al sofá, saltaba y gritaba al son de la canción.

Pero esos buenos tiempos no durarían para siempre, y Raúl trató siempre de no perderlos dentro de su cabeza. Los recordaba a menudo y con una gran facilidad.

Tiempos de felicidad que ya no pudieron volver. La realidad era aquella por la que le había tocado vivir: Alfredo ya no existía. Y aquello le dolía más que el haber sido violado, o su paso por la cárcel. Un niño que fue tan feliz que sentía siempre, en cada recodo de su alma, que sería imposible volver a sentir aquella felicidad que le regaló la infancia y luego le quitó de la manera más cruel.

En un momento, Raúl se giró en la cama, apagó la radio, y se dijo a sí mismo en voz alta que

estaba listo.

¿Listo para qué?

10. UN ENCUENTRO CASUAL

Miércoles 20 de marzo, 2019.

Aquella sesión fue extraña e incluso fría. El doctor pidió a Raúl que se sentara en el diván, frente a frente con él. Mientras, le sacó el test de Rorschach. El chico pensó que había tardado demasiado en hacer aquello de decir qué le recordaban unas simples manchas de tinta, pues era un tópico ya demasiado visto, que servía para analizar la personalidad de un paciente, pero el doctor le explicó que debía hacerlo para incluirlo en su informe para la junta de tratamiento del centro penitenciario.

Raúl se sintió reacio, distante, pero contribuyó al test. Cebrián anotaba respuestas.

Aquellos 45 minutos de sesión fueron interminables. Todo era distante. El doctor, en ningún momento preguntó a su paciente acerca de su semana. Raúl tampoco le dio pie a algo más que a seguir el tratamiento tal y como debía ser. Ambos conocían secretos mutuos, secretos oscuros de un valor incalculable para cada uno de ellos. Raúl se podría haber cavado su propia tumba. Sin saberlo, podría terminar su condena dentro del centro, en segundo grado, sin apenas privilegios, sin nadie que volviese a creer en él, y el doctor había contado etapas y momentos de su vida que lo podrían desprestigiar como médico y como persona. Cebrián, no obstante, tenía el mejor punto posible a su favor: médico, una eminencia con treinta años de experiencia y una carrera intachable a sus espaldas. Raúl era un condenado por un delito sexual. Estaría claro, si hubiese problemas entre ellos, quién saldría malparado. Raúl lo sabía, y aquella mañana su confianza en su amigo el doctor Samuel Cebrián había decaído mucho, pero intentó dar pie a una conversación como las que tuvieron semanas atrás.

—Doctor, discúlpeme, pero llevo un par de días un poco angustiado.

—¿Por algo en concreto? —Respondió el doctor con tono serio.

—Recuerdos del pasado, que me han hecho pensar demasiado. Supongo que será algo pasajero.

—¿Te estás tomando las pastillas que te ofrecí? —El doctor le tuteaba, casi sin poder evitarlo.

—Sí, pero sigo igual, no me ayudan apenas a dormir. Anoche no podía dormir y me puse una película de las tuyas pensando que me aburriría, y mire usted, me reí mucho —Raúl supo cómo tocar la fibra sensible del doctor.

—¿Cuál?

—Una comedia, «Un final made in Hollywood».

—Ummm, así que me hiciste caso con el señor Allen.

—Sí, digamos que la puse por curiosidad, y por ayudarme a dormir, y me terminé riendo yo solo a las 4 de la madrugada, mire qué irónico.

—Pues te diré una cosa, me parece una de las comedias más divertidas que he visto nunca, y a su vez con un guión muy inteligente, propio de Woody Allen. Ya que veo que la comedia te ayuda, es buen momento para recomendarte «Misterioso asesinato en Manhattan», o mi comedia favorita del tío Woody, «Granujas de medio pelo, que creo haberte hablado ya de ella».

—Muchas gracias, doctor, necesito comedia, sí. Necesito descojonarme de una puñetera vez, así que le voy a hacer caso una vez más y las veré, quizá sea otra terapia alternativa aparte de la suya para estar un poco mejor.

—No te avergüences nunca de nada, recuerda nuestros secretos. Ninguno somos unos santos, ni debemos perder nuestra parte oscura. Eso nos equilibra una balanza que tiende a inclinarse

hacia lo políticamente correcto.

En ese momento sonó el timbre de abajo. El doctor despidió a Raúl, citándole de una manera fríamente de nuevo, e incluso con un nerviosismo impropio de él. Había cambiado su forma de ser como por arte de magia en décimas de segundo. Cebrián apretó el botón del telefonillo, y Raúl salió del despacho.

Al bajar las escaleras, Raúl sentía que alguien subía. Era una cara familiar. Se trataba de Mikel, su gran amigo dentro del centro.

Mikel estaba en la misma galería que Raúl, y entre ellos surgió una buena amistad. Jugaban al ping—pong, una práctica que les entretenía mucho dentro de la cárcel, y que compartían partidas con Florín, un rumano que había sido condenado a 3 años por haber dado una paliza a un chico en la puerta de la discoteca donde trabajaba como portero, y con Josean, condenado a 12 años de prisión por contrabando de cocaína. Ellos cuatro eran los reyes del tenis de mesa. Cuando Florín pasó a tercer grado, se quedaron ellos tres. Poco tardó también Mikel en salir del centro y pasar a disposición de un tercer grado. Sólo quedaba Josean, y no era muy sociable, por lo que Raúl únicamente pasaba el tiempo con él en aquel escenario. Al lado de la mesa de ping—pong, un pequeño campo de fútbol, donde una parte de los presos pasaban las horas dando patadas a un balón, o incluso dándose patadas entre ellos. Raúl siempre pensó que eso más que jugarse partidillos de fútbol, lo que hacían era jugar a balón prisionero, a cañonazo limpio, sin cortarse un pelo a la hora de hacer entradas escalofriantes, y claro, raro era el día que no acabase algún preso en enfermería. El centro también disponía de un gimnasio, donde algunos internos aprovechaban para no perder masa muscular, y otros, para ponerse en forma y bajar unos kilitos.

Los chicos se fundieron en un abrazo. No se veían desde hacía más de un año, cuando Mikel pasó a un tercer grado, y donde, apenas dos semanas antes de que Raúl pudiese disfrutar de una semi libertad, Mikel lograba la libertad condicional. Se intercambiaron sus números de teléfono, ya que Mikel tenía que subir ya a ver al doctor, se dieron otro abrazo, sumidos por la alegría de volver a verse después de tanto tiempo, y acordaron llamarse el fin de semana para quedar a tomar un café y charlar sobre sus cosas.

11. MIKEL LARRETA

Mikel ingresó en Martutene, el centro penitenciario de San Sebastián, de manera preventiva. Un 14 de febrero del 2011. Apenas tenía 19 años.

Su padre era dueño de una constructora, y cuando el chico apenas tenía 15 años, su familia pasó por una serie de vergonzosos momentos, los cuales comenzaron mediante una investigación por estafa. Jon, construido un barrio entero, catalogada como “las viviendas más modernas de Urnieta”, casas adosadas con piscina, pista de tenis, y a priori una calidad de vida inmejorable. Pero Jon nunca contó con que los materiales que utilizó su empresa para dichas viviendas, sería un escollo demasiado visible a los pocos meses de vender toda su oferta de casas. La empresa dio quiebra, y el constructor quiso lavarse las manos y salir indemne de todo aquello, pero una profunda investigación por parte de la policía judicial de la Ertzaintza, sacó a relucir chanchullos, operaciones en B, y una larga lista de chapuzas gestoras ilegales que, durante más de 10 años, el señor Jon Larreta venía arrastrando.

Jon fue juzgado como único responsable de aquella estafa inmobiliaria. La fiscalía llegó a pedir 14 años de prisión, pero su abogado logró que fuesen rebajada la condena a 4 años. Al mes de ingresar en prisión, Jon sufrió un infarto mientras dormía, y falleció dentro del centro penitenciario.

el padre de Mikel, había una urbanización que fue 3 años después de aquella desgracia, Mikel llegaba al lugar donde su padre perdió la vida. Y lo hacía sin juicio previo, de manera preventiva, tras un accidente de tráfico.

Ocurrió tras triplicar la tasa de alcoholemia permitida. Corría la noche de un viernes en San Sebastián, madrugada del 11 al 12 de febrero del 2011, y Mikel volvía a casa tras una larga noche de fiesta en una discoteca. Había bebido bastante, había mantenido relaciones sexuales con una desconocida en su coche, y tras la negativa de la chica de llevarle a casa, arrancó el coche y, tras dar varios golpes a los coches aparcados tanto delante como detrás del suyo, subió la música, y siguió rumbo a su casa. A la salida de San Sebastián rumbo a su pueblo, empezó a dejar de tener el control del coche, fruto del alcohol, y acabó chocando, debido a su exceso de velocidad, con el coche delantero. Al volante, un médico de urgencias que volvía a casa tras una larga noche de trabajo. El coche del médico se salió de la carretera debido al golpe, y chocó contra un árbol. Perdió la vida al momento.

Mikel detuvo su coche, y sin poder digerir lo que había pasado, se sentó junto a su coche. No tuvo la valentía de mirar si el ocupante del coche estaba bien. No hizo nada más. Se sentó, y esperó. Al cabo de unos 10 minutos llegó un coche de la policía municipal. Dos policías salieron raudos del coche, uno de ellos para preocuparse por el estado del médico, quien abrió la puerta del coche, pero ya era demasiado tarde. El otro se quedó junto a Mikel pidiendo una ambulancia y un coche patrulla de la Ertzaintza.

El chico hizo la prueba del alcoholímetro, y seguidamente fue esposado y llevado a la comisaría de la Ertzaintza de Donostia. Allí le hicieron fotos de frente y de los dos perfiles, de sus dos tatuajes, y fueron tomadas sus huellas dactilares y encerrado en un calabozo.

A media mañana lo sacaron para ir a declarar ante un juez, el cual, sin pensar demasiado, lo envió a prisión preventiva a espera de juicio. Año y medio después sería condenado en el juzgado de instrucción nº1 de San Sebastián a 10 años de prisión.

La estancia fue buena, tenía amistades allí dentro, quizá no fuesen las mejores amistades que

una persona quiere, pero podía llamarlos amigos, con quienes echaba unas partidas a tenis de mesa, jugaba a las cartas, o veía la tele en la sala de televisión del centro mientras comentaba temas de actualidad con ellos.

En marzo del 2016, Mikel logró que le concediesen el tercer grado. Uno de los grandes apoyos de Raúl marchaba, y era lo más parecido a empezar de cero en aquel centro.

Mikel siempre tuvo un buen comportamiento, empezó a trabajar como albañil en una empresa guipuzcoana con mucho prestigio, y en julio del 2017 logró su tan deseada libertad. Tendría poco más de 3 años de libertad condicional en los que, como a varios internos más, la condición que le aplicaban era la de ver asiduamente al doctor Cebrián.

12. EL REENCUENTRO

Sábado 23 de marzo, 2019.

Raúl se reunió con Mikel en un bar céntrico de San Sebastián. Era una tarde calurosa, se había llegado a los 30 grados, por lo que ambos chicos decidieron tomar un refresco en la terraza. Mikel ya no probaba el alcohol desde la noche del accidente, por lo que pidió un refresco de naranja, y Raúl una caña sin alcohol.

Juntos repasaron, durante más de dos horas algunos momentos que pasaron juntos. Reían, recordando las partidas que les ganaban al rumano, y el mal perder que tenía éste.

Lo mejor de aquella tarde, era que Raúl tenía un amigo, alguien con quien poder hablar de todo, un amigo de verdad, no un médico que a veces lo tuteaba y otras le hablaba de usted, y sabía realmente que en Mikel podría confiar.

Raúl sonreía, estaba feliz, y quería comenzar a pasar página, y para ello, la ayuda de Mikel era de gran necesidad. Ninguno quería hablar de nada que no fuese positivo, pero uno de los dos tuvo que preguntarlo.

—¿Y qué tal con el doctor de los cojones? —Preguntó Mikel.

—Bueno, dependiendo del día.

—¿Cuánto llevas viéndole?

—Nada, 4 sesiones. Me quedan demasiadas aún.

—Ten cuidado, no quiero decir nada, solamente te diré que tengas cuidado con lo que le cuentas. No es trigo limpio.

Aquella última frase retumbó en la cabeza de Raúl una y otra vez. No hablaron más de aquel tema. Mikel lo evitó desde esa frase, la frase.

“No es trigo limpio”

Por la noche, Raúl se encontraba sentado en su habitación escribiendo. Recordaba esas palabras: “Ten cuidado con lo que le cuentas. No es trigo limpio”.

Su ansiedad era visible, así que tomó una pastilla de las que le había dado el doctor. Su primera pastilla. Le había mentido a su médico diciéndole que sí, que las había tomado todas. 21 pastillas, siete de ellas más flojas según Cebrián, y otras catorce de dos semanas seguidas, más fuertes. Raúl no pensaba tomar ni por asomo las fuertes, no quería pastillas, nunca las tomó ni quiso hacerlo.

En su cabeza sonaba una y otra vez las mismas frases.

—¿Por qué me diría Mikel eso? —Pensó en voz alta—. Acto seguido envió un mensaje a su amigo por si quería

quedar al día siguiente. Mikel aceptó, e incluso agradeció aquella invitación.

Domingo 24 de marzo, 2019.

Mikel llegaba tarde. Raúl estaba sentado en una mesa de la terraza del bar donde habían quedado el día anterior. Estuvo esperando diez minutos, y entonces llamó a Mikel.

—Lo siento, Raúl, pero no puedo ir.

—¿Pasó algo?

—No te lo puedo contar. Ayer nos vieron y algo no salió bien.

—Dime dónde vives y voy a verte.

—Que no, Raúl, no insistas, te verían venir a mi casa.

—¿Quién?

Mikel colgó el teléfono. Raúl no entendía nada, y sólo se le ocurría una persona a quien llamar.

13. PACIENCIA

Miércoles 27 de marzo, 2019.

Raúl acababa de entrar en la consulta del doctor. Se sentía muy seguro de sí mismo, a pesar de que su pierna izquierda emitía una serie de temblores, fruto del nerviosismo que tenía en el cuerpo.

El doctor le tenía preparado un nuevo test con elementos bastante comunes entre las fobias actuales. Pero Raúl no estaba por la labor.

—Doctor, hoy no pienso hacer nada. Esto se ha enfriado y quiero que seamos amigos.

—Y lo somos, Raúl, pero durante nuestro tiempo semanal no podemos tener otro tipo de relación y lo sabes.

—Quiero saber su secreto más oscuro.

—Hoy no será.

—Será hoy, o yo no volveré a su consulta. Me importa una mierda si me retroceden de grado y tengo que volver a dormir a la cárcel.

Cebrián le pidió que se acomodase en el diván. Raúl tomó asiento. Cebrián también.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué hace en sus ratos libres?

Raúl necesitaba conseguir algo, pero no sabía muy bien el qué. Lo único que sabía era que el doctor escondía algo.

—Paseo, me voy con mis amigos, con mi mujer, voy al cine, escucho música. ¿A dónde quieres llegar con todo esto?

—A que mi amigo Mikel le tiene miedo, y quiero saber el porqué, y, o me lo cuenta usted, o se lo tendrá que decir a la policía.

—Vamos a ver, chaval, ¿me estás amenazando? —Cebrián sacó pecho—. Te recuerdo que has cantado como un papagayo. Eres un violador, ¿recuerdas que me lo contaste?

—Y usted, y peor que yo, que rompió una nariz a una prostituta, ¿recuerda usted que me lo contó?

—Chaval, no tienes pruebas de eso, deberías enterarte, estoy aquí para que me cuentes lo que yo quiero saber. Y en ese momento para que yo tuviese conocimiento de ti, tú debías escuchar lo que yo te conté. Así de fácil. Tienes todas las de perder, así que, a mí, amenazas, las justas.

Raúl desesperó, decayó, y no supo cómo cambiar esa situación. Sólo le quedaba recular.

—Perdóneme, doctor, tiene usted razón, llevo días un poco nervioso y se me está empezando a ir la cabeza.

—Tranquilo, para eso estoy yo. Tienes —Cebrián seguía tuteando a su paciente, algo poco habitual en él que centrarte, mirar adelante, y, sobre todo, no joder a tu médico, porque el primer jodido vas a ser tú, y te lo digo con todo el cariño del mundo.

—Necesito respuestas. Mi palabra no vale nada ante nadie, y menos si mi palabra es contra usted. ¿Qué está pasando con Mikel?

—Todo a su debido tiempo, Raúl, no seas tan impaciente. Sólo te diré que no le gustan las terapias fuera de estas cuatro paredes. A ti sí te gustó tener una relación amistosa con tu terapeuta.

—No sabía que profundizase con otras personas como conmigo Raúl sintió que necesitaba preguntar mucho más.

—Para la semana que viene vamos a hacer algo diferente, es tu cumpleaños si mal no

recuerdo, y quiero que sea un día inolvidable para ti, así que vente preparado que nos iremos de excursión.

A Raúl aquellas palabras le resultaban extrañas, ¿de excursión? En su cabeza volvió aquella frase:

“No es trigo limpio”

Aquellas cuatro palabras formaban parte de su vida desde el sábado, y no se las podía quitar de la cabeza.

—Doctor, pero, excursión, ¿a dónde?

—Es tu cumpleaños, es una sorpresa. Voy a suspender mis consultas del día, te invito a comer, a no ser que tengas planes con tu familia, y después fiesta.

—No, doctor, no tengo ningún problema, celebraré con mi familia el próximo fin de semana, sin problemas.

—Pues el miércoles que viene, a las 9. Y ahora, antes de que se nos pase la hora, te voy a dar este test, quiero que me lo rellenes y estos días lo estudiaré con detenimiento.

Raúl cogió las hojas y comenzó a poner las equis en el lugar correspondiente. A pesar de que el test le mantuvo entretenido, le resultaba muy extraño todo aquello del siguiente miércoles, algo no cuadraba del todo, y lo peor era que no logró sacar ni una palabra en boca de Cebrián sobre Mikel.

Cuando llegó la hora, Raúl marchó, esperó a Mikel fuera del portal con muchas preguntas por hacerle. Eran las 10:15h y no aparecía. 10:35h. 10:55h. Nada. Teléfono móvil apagado o fuera de cobertura. Y Mikel no apareció.

14. NECESITO HABLAR

Raúl quería haber esperado unos días, pero no podía más e hizo una llamada telefónica.

—Maite, soy Raúl, necesito verla.

Aquella tarde, Maite Gallardo y Raúl quedaron en Oiartzun, un pueblo a unos 12 km de San Sebastián, a petición de Raúl. Maite llegó puntual a su cita. Raúl ya la esperaba en un bar, en un lugar alejado del propio pueblo.

—Raúl, me alegro de verte, me tenías preocupada con esto de quedar lejos —Raúl la abrazó, lo necesitaba.

—Maite, ese señor lleva la palabra demonio tatuada en la frente.

—A ver, tranquilidad. Voy a pedir un café y hablamos. ¿Qué quieres tomar?

—Un cortado, por favor.

Maite se acercó a la barra y pidió dos cortados, el suyo bien caliente. Ella misma los llevó a la mesa, una mesa lo suficientemente alejada como para poder tener intimidad y hablar sin reparos.

—Empecemos por el principio —dijo la jurista—.

—Tuve que decir muchas burradas, Maite, pero muchas. Que había violado a esa zorra, que había violado a más chicas y de peor manera. Me he sentido sucio, una mierda de tío.

—Cuando te propusimos hacer esto te avisamos, esto no iba a ser fácil —Maite se puso seria, y se notaba su preocupación—. Piensa que sólo has actuado, que has dicho cosas, pero que no has hecho ninguna de ellas.

—Lo sé, pero Mikel me ha dejado tocado.

—¿Quién? —la mujer no lo recordaba únicamente por el nombre—.

—Larreta, no sé si lo recuerda, su padre murió en la cárcel por una movida de casas.

—Ah, vale. Mikel mató a un médico de urgencias con el coche. El pobre lo pasó fatal cada vez que tenía que hablar de ello, y soy consciente de que aún no lo ha superado, por eso lo mandamos a que Cebrián lo ayudase, al igual que a muchos otros.

—Maite, agradezco muchísimo todo lo que hiciste por mí, pero necesito salir de esto, me puede, y no sé qué podría pasar el miércoles, quiere hacerme una fiesta o yo qué sé.

—Raúl, una última vez, por favor. Tenemos esperanzas puestas en ti, y lo estás haciendo muy bien, de verdad te lo digo.

—Que no puedo, joder, que es un violador, pero de los de verdad, de esos cerdos a quienes les gusta el morbo, que rompió la nariz a una prostituta mientras la penetraba, ni sé si es verdad o está jugando conmigo.

—A mí me llamó y me contó que eras culpable, que lo habías contado todo. Ahí supe que lo estabas haciendo bien, porque si él sospechase algo de ti, nunca hubiese llamado.

Raúl le contó a Maite todo lo que había pasado con el doctor. Las primeras sesiones, la tarde que pasaron en el cine, los test que el doctor le hacía rellenar, e incluso las palabras de Mikel que siempre deambulaban por su cabeza.

—Discúlpame un momento, por favor.

Maite se ausentó un momento para hacer una llamada y volvió junto a Raúl.

—Raúl, acabo de llamar a Francisco, un viejo conocido, es ertzaina, de la científica, y quiero que sea él quien te ponga al día de todo. Vive aquí al lado, en Rentería, así que en un ratito está aquí.

—Pero, a ver, yo ya no sé qué pinto en todo esto, ese señor al principio me daba igual, pero ahora me da miedo, tiene algo que me provoca escalofríos.

—Raúl, por favor. Has confiado en mí desde el primer día que tuviste que venir a verme. Y yo acabé confiando en ti. Ni yo te he fallado ni tú a mí. Podemos conseguir algo muy gordo, y será gracias a ti.

Ambos tomaron el café que tenían en la mesa, sin mediar más palabra.

15. LAS PRIMERAS PRUEBAS

Fran, ertzaina de la científica, de unos 42 años, también era colaborador habitual en tareas de identificación de cadáveres en estado de descomposición. Había aprendido de los mejores, y lo consideraban un hacha en su trabajo.

Aquella tarde del 27 de marzo la llamada de Maite Gallardo le sorprendió, y a su vez le agradó, puesto que llevaba días esperándola. No tardó en cambiarse de ropa y coger el coche rumbo al Bar Olite de Oiartzun, donde le esperaban con los brazos abiertos. Había trabajado toda la mañana obteniendo pruebas en la escena de una pelea nocturna a navajazos, con resultado de un herido grave y dos leves. Ante declaraciones tan diferentes entre los heridos, había que tirar de científica, y allí estaba siempre él para facilitar el trabajo a la policía judicial de la Ertzaintza.

Al llegar al bar, saludó a Maite con dos besos, y le dio la mano amigablemente a Raúl. Se excusó un momento para pedir él también un café, y se sentó con ellos.

—Raúl, Fran me ayudó con la prueba de la chica, y fue quien ha conseguido que Cebrián esté en el ojo del huracán, pero él te lo explicará todo mucho mejor.

—Lo que yo no sé es porqué, si se ha demostrado que soy inocente, no tengo un papel firmado con ello, una indemnización por el tiempo que he pasado en la cárcel, que he sufrido palizas, y nadie hizo nada —Raúl se desahogaba con el corazón en la mano por primera vez en mucho tiempo.

—Raúl, ahí no podemos hacer nada aún, pero ayúdanos, yo te ayudé, os ayudé, Maite te está ayudando, pero confía en nosotros, esto lo vamos a solucionar, pero sin tu ayuda no será posible.

—Claro, es que joder, sin mi ayuda, ¿y si el tío este es un psicópata tarado? ¿qué haréis? ¿le haréis llegar a mis padres una corona de flores con un «Lo sentimos. Firmado: Gobierno Vasco»?»? Es muy fácil desde vuestro punto de vista, pero aquí a quien se puede cargar ese bicho es a mí.

—Raúl, escúchame, por favor —reiteraba Fran—. Hay cosas que no sabes, dimos con la chica, y nos contó su versión.

—Eso ya lo sé, y a mí no vino a verme ni me mandó una carta pidiéndome perdón —Raúl seguía a la defensiva.

—Lo hará, créenos, quiere conocerte, y sabemos su verdad —Maite agarraba la mano de Raúl en señal de aprobación, y, esperanzada, la acariciaba—. La amenazaron, le enseñaron fotos de su familia bajo amenazas de matarlos, la obligaron a mentir, a señalar al primero que estuviese en su camino, la tiraron de un coche, te vio y dio tu descripción. Así de simple. Fuiste por azar el cabeza de turco de un plan originado por alguien con mucha inteligencia.

—Decidme qué voy a ganar con esto. Porque hasta ahora sólo he perdido. Y mucho.

—Raúl —contestó Fran—. Sabemos que eres inocente, tenemos pruebas, una huella que no es la tuya, tenemos a la chica custodiada dispuesta a hablar, pero para ello necesitamos atrapar al culpable.

—¿Y es Cebrián?

—No. Pero sospechamos que él tiene algo que ver, directa o indirectamente. Las huellas en la ropa de Itziar, la chica, corresponden a Alberto Lejarza, hermano de la mujer de Cebrián, es decir, su cuñado.

—Puede ser una casualidad.

—Estas casualidades no existen, muchacho. Cebrián está metido en algo turbio. La chica nos contó que la drogaron, tuvieron sexo con ella tres hombres con máscara, y estando semi

inconsciente la metieron en un coche.

—Venga, no me jodáis, ahora resulta que esto va de sectas y mierdas.

—No lo descartamos, Raúl —interrumpía Maite—. Y creemos que está detrás de otras cosas, a nuestro juicio demasiado obvias.

—¿Cómo el qué?

Maite sacó una carpeta del bolso con varios documentos. Buscó entre ellos, sacó dos papeles, y se los enseñó a Raúl.

—Walter Chávez. Lo conociste, fue uno de los que te agredieron en las duchas.

—Oh, vaya, resulta que también sabéis quiénes me pegaron, pero no hicisteis nada.

—Me lo contaste tú, Raúl, ¿o no te acuerdas? —Maite frunció el ceño.

—Vale, y este, ¿ha desaparecido?

—Su familia interpuso una denuncia por desaparición hace unas semanas. Tuvo terapia con Cebrián un jueves y desapareció un viernes. Y

—Maite le enseñaba la otra hoja este es Josu Ibáñez, apenas llegaste a coincidir con él, fue multado por no tener ticket de la zona azul y se lió a puñetazos contra el parquímetro, un jubilado esperaba para sacar ticket, y sin querer le propinó un puñetazo, así que le condenaron a un mes de prisión, 100 horas de servicios a la comunidad y terapia para eliminar esa violencia, cosas del juez, y como tenía antecedentes, pasó los 30 días allí dentro.

—De este no me acuerdo, no. ¿Y qué seguridad tienen de que Cebrián puede tener algo que ver?

—Muchacho, te lo vuelvo a repetir, las casualidades rara vez existen, al menos en mi trabajo —replicaba Fran—. Hasta tú le tienes miedo. Ya sabes todo lo que necesitas saber y lo que sabemos nosotros. ¿Vas a ayudarnos?

—No lo sé, me gustaría, pero necesito recuperar mi vida.

—Yo me comprometo a que estos días te hago llegar todo lo necesario para que cobres todo ese tiempo de cárcel, un plus, cancelar la condicional, e incluso un reconocimiento si nos ayudas. Y sabes que cumplo lo que prometo —Maite se mostraba optimista con Raúl, y su cara delataba esa esperanza—. Te dieron tan rápido la condicional porque la pedí insistentemente a la junta de tratamiento de tercer grado, comenté todo lo que desde mi punto de vista podía estar pasando, y tú y yo ya lo habíamos hablado y accediste a ayudarme, a ayudarnos.

—Lo sé, pero ha cambiado todo, ahora resulta que el pavo este o su cuñado viola a vírgenes o algo así, mata a delincuentes. Es una movida de cojones.

—Te pondríamos un chip localizador. Tendríamos tu ubicación en todo momento —Fran intentaba convencer al chico por enésima vez.

El silencio se hizo. Maite y Fran se miraban con gesto pesimista. Raúl los miraba a ambos, y rompió ese silencio.

—De acuerdo. Lo voy a hacer.

16. EL CHIP

Martes 2 de abril, 2019. 18:54h.

Raúl se encontraba en un piso propiedad del Gobierno Vasco, desde donde se llevaría toda la operación, aprobada por un juez. Cuatro ertzainas custodiaban el piso, situado en Herrera, un barrio de San Sebastián. La operación había sido denominada como Operación Terapia, y era extraoficial. Fran formaba parte del operativo, pero era el subcomisario Etxebeste quien estaba al mando de aquel grupo especial de operaciones.

Karmelo Etxebeste llevaba tantos años en la Ertzaintza como arrugas en la cara, y ya antaño formó parte del grupo de rescate de rehenes en un atraco en un banco de Hernani, incluso llevó una investigación sobre la desaparición de una chica menor de edad en Donostia, siendo él el máximo responsable de aquella operación de búsqueda. Afortunadamente, la chica se encontraba en París sana y salva, habiéndose escapado de casa por un arrebato tras una discusión con su madre.

Karmelo conocía al doctor Cebrián. Habían coincidido en un caso de pedofilia, en la cual, el doctor llevó todo el informe psiquiátrico del presunto pedófilo. El subcomisario tenía un buen concepto del doctor, y fue el primer sorprendido con todo aquello cuando le fue asignada la operación Terapia, pero tantos indicios le hacían presagiar que algo gordo se descubriría, y no sería precisamente algo grato.

Raúl se encontraba en aquel piso, donde Fran le explicó rápidamente en qué consistía el chip localizador que le sería insertado en el brazo.

—Raúl, el subcomisario Etxebeste es quien lleva todo esto, yo seré un apoyo más y estaré contigo en todo momento, y aunque Etxebeste propuso que llevases un micro, me parece más adecuado el microchip GPS, por lo que únicamente sabremos dónde estás en todo momento.

—Y si pasa algo, ¿cómo voy a poder ponerme en contacto con ustedes?

—Verás, te vamos a inyectar un chip diminuto en el brazo, para ello tienes que firmar una conformidad que te van a traer ahora. El chip es cosa del CNI, del Gobierno Español, así que esto es algo gordo, chico, yo mismo pedí ese chip porque en la Ertzaintza no disponemos de gadgets de ese estilo. Te cuento que el chip va a estar justo debajo de la piel, y una vez que estés situado en un lugar fijo, y nada más veas algo lo suficientemente grave, te explicaré lo que debes hacer, pero no tiene nada, sólo debes tener puntería contigo mismo.

—Eso suena que me va a doler de cojones, sacarlo o algo así, ¿no?

—Mucho más sencillo, tú confía en mí.

Al cabo de un rato, aparecía Maite con una serie de papeles. Era la libertad total de Raúl, una serie de documentos que acreditarían que el chico dejaría de tener antecedentes, cobraría una indemnización bastante generosa por parte del Gobierno Vasco, y podría volver a su vida de siempre, pero un poco más rico. El chico lo firmó todo, e incluso firmó la autorización para llevar el chip y todas las propuestas que vendrían después, incluida la cláusula de riesgo y colaboración con la Ertzaintza y el CNI. El chico intuía y daba por hecho que se llevarían ellos todos los méritos si todo aquello saldría bien, y que lo suyo era ser libre, cobrar un dinero, y al olvido. Pero el único que corría peligro real era él.

Sobre las 21h, un agente de la Ertzaintza aparecía por la puerta de uniforme con una caja de unos 30 cm. En ella se encontraba el minúsculo chip que sería implantado en el brazo de Raúl, junto con una jeringuilla extraña. Raúl nunca había visto nada parecido. El chico se sentó en la

silla como le pidió Fran, y éste incorporó el chip que venía dentro de un frasco, y con un líquido, a la jeringa.

—Raúl, no te preguntaré si tienes algún tipo de alergia, porque en tu informe médico ya vimos que no, así que este líquido no sólo no te hará daño, sino que está especialmente diseñado para que el chip no te deje secuela alguna en la piel, incluso ayudará a extraerlo cuando sea el momento.

—Estoy cagadísimo, Fran.

—Tranquilo, si sabes mantener la calma, todo irá bien. Ahora cierra los ojos, relájate, que te voy a inyectar el chip.

Fran metió el chip casi en el hombro de Raúl, quien apenas se quejó a pesar de que el líquido dolería al ser traspasado, y éste, tras pasar una gasa por la zona inyectada, explicó al chico brevemente lo que tendría que hacer en todo momento, y lo más importante, cuando llegase el instante de romper la conexión con el chip.

—Ya tienes el chip dentro, procura no tocarlo, en todo momento sabremos en un radio de dos metros dónde te encuentras.

Un compañero interrumpió a Fran.

—López, ya tenemos la ubicación en la pantalla —le mostró una tablet con algo parecido a un mapa—. Todo ok.

Fran cogió la tablet y se la mostró a Raúl.

—Ya estás en nuestro radar, vía satélite todo, una maravilla.

—Fran, no me jodáis eh, no me dejéis solo.

—Mira —dijo Fran mientras le tocaba el hombro a Raúl—. Aquí está el chip, tiene una pequeña marca del pinchazo, quiero que memorices la zona y no la andes buscando. Si encuentras algo fuera de lugar, quiero que te golpees esa zona con todas tus fuerzas. Sólo si encuentras algo gordo. Al hacerlo, perderemos tu ubicación e iremos lanzados hacia tu último punto conocido.

—De acuerdo, así lo haré.

El subcomisario Etxebeste se acercó al chico y le deseó suerte dándole una palmada en la espalda. Fran y Maite estuvieron al lado suyo, y por precaución no le acompañaron a su casa, así que el chico se despidió de ellos y marchó del piso esperando con nerviosismo que llegase el día siguiente.

<

17. DE EXCURSIÓN

Miércoles 3 de abril, 2019. 08:59h.

Raúl llegaba puntual a su cita con el doctor Cebrián, quien pretendía que ese día la terapia fuese diferente. Un día entero para evaluar al chico y sacar todo el carácter que llevaría dentro.

—Buenos días, Raúl. Te veo bien preparado. Vamos a ir de excursión, como te dije. Sin coche. Cogemos el tren hasta Gaintxurizketa, e iremos caminando al monte.

—Pero, doctor, yo esperaba algo más sencillo, ¿me va a hacer usted agotarme!

Ambos reían.

—Desde ahora, me tuteas, soy Samuel. Es tu cumpleaños y te prometí algo especial, y lo tendrás.

Raúl llevaba una mochila con apenas un bocadillo, una botella de agua y un jersey. Cebrián iba con lo puesto.

Salieron juntos por el portal y se dirigieron a la estación de tren de San Sebastián, situada a unos 5 minutos caminando desde el despacho de Cebrián.

Durante los apenas 15 minutos que duraría el viaje, charlaron sobre el tema que Raúl sabía que más apasionaba al doctor: el cine. Raúl le contó a Samuel que había visto la noche anterior una película que le había fascinado: Lo que esconde Silver Lake. No era el estilo cinematográfico de ninguno de los dos, sin embargo, Raúl habló maravillas sobre ella. Chico conoce chica, chica desaparece, chico investiga mientras en la ciudad hay un asesino de perros, y una odisea donde se mezcla el alto pijaerío de la zona, y una serie de idas de olla propias de un director como David Robert Mitchell, considerado por muchos como un nuevo David Lynch, y odiado por otros tantos. Al doctor le llamó mucho la atención la agilidad de Raúl hablando sobre cine de autor.

Cuando Raúl mencionaba otras películas actuales de ámbito menos comercial, escucharon: “próxima estación: Gaintxurizketa”.

—Ya hemos llegado —dijo Samuel—. Esta charla ha sido muy amena, y ten por seguro que veré la película, porque me la has vendido muy bien.

Raúl se sintió aliviado en muchos sentidos. Se había abierto un poco más con respecto al cine, habiendo visto una película que, durante su encuentro con Mikel, éste se la había recomendado, y para sorpresa de un chico con gustos tan comerciales, le había encantado. Quizá era un paso para salir de lo políticamente correcto y habitual en su estilo cinematográfico. Pero también era un paso personal para evitar pensar en el chip, en lo que debía hacer, y en soltarse consigo mismo.

Gaintxurizketa se encontraba a las afueras de Lezo, un pueblo guipuzcoano pegado a Rentería, y su estación era un apeadero donde apenas solía bajarse gente, a excepción de quienes trabajasen muy cerca de la zona, o de excursionistas que fuesen a pasar el día al monte Jaizkibel. Hacia aquel monte se dirigían paciente y doctor. Comprendía las localidades de Pasajes y Hondarribia, con Lezo, Rentería e Irún de por medio. La clásica ciclista de San Sebastián tenía en Jaizkibel su punto cumbre, un puerto de categoría especial que partía en dos aquella carrera por la dureza de la subida.

Para subir al monte, tuvieron que bordear un par de casas, una de ellas se veía siempre a través del tren, y desde que era crío, cuando Raúl viajaba en tren con su padre para ir a Irún a ver a sus tíos, siempre la llamó la casa de la bruja. Sin saber bien el porqué, dado que nunca supo si vivía una señora, o una familia de agricultores, pero su exterior le recordaba a la casa de la bruja del cuento de Hansel y Gretel. Siguieron por un camino de piedras, y tras media hora de caminata,

llegaron a una casa de color gris perla. Fuera había un Mercedes de color blanco. Raúl no pudo evitar preguntarse porqué habían subido más de medio monte caminando, si se podía haber subido en coche. Cosas de Samuel, tendría ganar de andar, pensó.

—Ya hemos llegado. Te presento mi casa de fin de semana. Así la llamo, si quieres paz y naturaleza, esto es lo mejor para el cuerpo.

Raúl la miró con detenimiento. Le gustaba, su exterior era muy diferente a las otras casas que había visto alrededor, a pesar de que, aproximadamente a un kilómetro a la redonda, debía ser esa la única casa, por lo que sus pensamientos se retorcieron en cuanto a lo solitaria que podría ser aquella situación. Dos pisos, dos balcones enormes, y una puerta de madera antigua llamaban la atención. Un felpudo bajo la puerta le daba la bienvenida.

Samuel abrió la puerta, pasó e invitó a Raúl a entrar. Allí esperaba Nekane, la mujer del doctor. Éste los presentó y ambos se saludaron con dos besos.

—Hola, Raúl. Samuel me ha hablado mucho de ti, aquí como si estuvieses en tu casa.

A Raúl le llamó mucho la atención lo joven que era Nekane. Esperaba encontrarse con una mujer de unos cincuenta años a lo sumo, pero no tendría más de 35 años, y una preciosidad de mujer, rubia, de ojos azules, y su escote, no pudo evitar el chico escapar su mirada hacia sus enormes pechos. En un momento había desnudado con la mirada a la esposa de su psiquiatra. Y ella se había dado cuenta.

—El placer es mío, señora.

—Lámame Nekane, que hay confianza, y si no la hay, ten por seguro que la habrá.

Nekane le guiñó el ojo. Samuel se encontraba en la cocina. Raúl estaba aún en el pasillo, contemplando a Nekane como si no hubiese visto a una mujer en su vida. Por un momento, cambió la mirada de lugar y vio que a la derecha estaba el salón, e intuía que la segunda puerta a la derecha era un cuarto de baño. Medio metro más adelante, unas escaleras en forma de U, y ya todo de frente, la cocina, desde donde Samuel hacía gestos con la mano para que el chico se acercase.

—Mira, Raúl, a ver qué te parece. Nekane está preparando guiso de ternera con zanahorias, guisantes y patatas. Yo voy a preparar el postre. Tarta de queso, que la repostería se me da de fábula.

—Todo genial, doctor, buena comida, le agradezco muchísimo que me haya invitado.

—Tutéame, hombre, que ya me has tuteado más veces.

—¿Puedo ir al baño?

—Claro —salió de la cocina y le señaló la puerta que Raúl ya había dado por hecho que sería el cuarto de baño—. Ahí lo tienes.

Raúl entró y cerró con pestillo. La hospitalidad de los Cebrián era excelente, ¿y si se estaba equivocando? Abrió el grifo y se mojó la cara. Había llegado un poco sudoroso, y aquella situación le había puesto un tanto nervioso, con su cabeza repleta de dudas. Tiró de la cadena, a pesar de no haber utilizado el inodoro, y abrió la puerta tras secarse la cara y las manos con una toalla que colgaba del toallero, junto al lavabo.

Eran apenas las 10:23h de la mañana cuando Raúl miró el móvil, sentado en el sofá del salón. No había cobertura, lo cual resultó extraño, puesto que unos 60—70 metros por encima de ellos estaban las famosas antenas reemisoras de Jaizkibel. Nekane le había puesto la televisión para hacer tiempo, dejándole el mando al chico mientras volvía a la cocina. Un programa donde debatían sobre la prisión permanente revisable tras el asesinato de una chica. Raúl hizo zapping, pero apenas había algo de su interés en ninguna cadena, así que apagó la televisión, y se incorporó junto al matrimonio en la cocina.

—El guiso ya está casi, ¿qué te parece si salimos un rato fuera y se queda Samuel terminando

la comida?

Ante esa pregunta, Raúl no fue capaz de negarse. Nekane sacó de la nevera una botella de vino blanco.

—¿Te gusta el vino blanco? Coge dos copas del salón, por favor. Están en una vitrina junto a la tele.

Raúl siguió sus órdenes, ignorando si Samuel podría querer tomar también una copa de vino con ellos.

En la parte trasera de la casa había una pérgola, y debajo de ella una mesa con 6 sillas. Raúl siguió a Nekane hacia la mesa, y tomó asiento tras ella. El chico siempre había sido muy tímido con las mujeres, pero aquella situación le excitaba de tal manera que se lo tomaba como una forma de quitarse el nerviosismo de su acometido con la única idea mental de mantener un contacto visual extra con una mujer sexy por quien en cualquier situación no sería capaz de sacar más de dos palabras por la boca.

—Nos ha quedado bonito día para una barbacoa. Por cierto, felicidades, que ya me he enterado de que cumples añitos hoy.

—Sí, señora, 26 años. No entiendo lo de barbacoa.

—Señora no, aún soy joven para sentirme una señora. Barbacoa la que vamos a tener de noche, ¿o te crees que vamos a comer y nos vamos? Por la tarde vienen unos amigos.

—Pero yo no los conozco.

—Te van a gustar, créeme. Además, viene alguna chica, y tú eres muy guapo, seguro que hoy no te vas a dormir sin follar.

¿Follar? Raúl estaba confundido. Una mujer así, hablando de esa manera. No pudo evitar soltarse.

—Le aseguro que, si no hubiese estado casada, mi único objetivo hoy hubiese sido usted.

—Pues, niño, hablándome de usted, conmigo nunca tendrías sexo.

Nekane bebía el vino, agarrando la copa con la mano derecha, y acariciando suavemente la zona de su escote con la izquierda. En ese instante, Raúl supo que el día sería más divertido, y con alcohol en sangre, todo se haría más llevadero.

—Supongo que Samuel te habrá contado cosas de mí.

—Samuel no me cuenta nada de su trabajo, eso son cosas confidenciales, sólo me habló de ti como amigo suyo, no como paciente. Y veo que eres como me decía, chico apuesto, inteligente, y sexy, muy sexy.

¿Samuel habría dicho la palabra sexy? Raúl se sintió por de pronto un tanto extraño, así que cambió de tema rápidamente, y comenzaron a hablar sobre la casa.

—Samuel compró la casita hace ya tiempo, cuando lo conocí ya la usaba como segunda casa, para pequeñas vacaciones, fines de semana, incluso para dar rienda suelta a fantasías que no pudimos cumplir en nuestra vivienda habitual, así que esta casa ya es parte nuestra.

—¿Fantasías? —Raúl volvió a irse al tema sexual.

—¿Tú no tienes, Raúl?

—Muchas, pero me vuelves a despertar interés, y no puedo evitar verte como un pibón.

—Somos una pareja muy liberal, podría follarte ahora mismo y Samuel no decir ni mu.

—Me ruborizas.

—El día es largo, ya tendré tiempo para ti.

Raúl se puso tan nervioso que se levantó de golpe ante la mirada lasciva de Nekane, alegando tener que ir al cuarto de baño. Dio la vuelta, a pesar de que la casa también tenía salida trasera, por la propia cocina, y fue a acompañar a Samuel.

Allí, en la cocina de la casa, mientras Raúl bebía de la copa de vino, charlaba con Samuel sobre lo que podría ser ese día. Samuel le prometió un día inolvidable, y estaba dispuesto a cumplirlo.

—Van a venir familiares, amigos, y chicas jóvenes —le contaba mientras metía la base de galletas en la nevera, disponiéndose a preparar el relleno de la tarta de queso —Pero, Samuel, no sé si voy a sentirme muy a gusto con gente que no conozco organizándome una fiesta de cumpleaños.

—La fiesta es mía, tú tranquilo, tu cumpleaños es algo extra, y estoy haciendo tu tarta, para nosotros tres.

Samuel se dirigió hacia el salón, y de un armario sacó un Trivial Pursuit.

—Ten, llévalo fuera y así os entretenéis un poco Nekane y tú.

—Es que, Samuel, discúlpame, pero prefiero estar por aquí contigo.

—Ya te ha dicho algo, no me digas más.

— Bueno...

—No te preocupes, le gusta picar a la gente, y tú no ibas a ser menos —Samuel reía a carcajada limpia—. Me gustaría haberte visto la cara cuando te habló de sexo, porque lo hizo, ¿no?

— Sí...

—Lleva el Trivial anda, y no le hagas caso, que está de broma.

Raúl sacó el juego, y allí estuvieron pasando el rato con los quesitos de colores. Raúl era muy inteligente a pesar de no ser esa su primera apariencia, y la relación con Nekane mejoró por momentos.

Samuel salió al jardín con cubiertos.

—Poned la mesa, por favor, que vamos a comer.

Raúl miró el reloj del móvil. Eran las 13:42h. Hora perfecta para comer.

18. LA MERIENDA

Corrían poco más de las cuatro de la tarde, y los Cebrián estaban sentados en el sofá del salón junto con Raúl. Habían comido el guiso, y el chico había soplado las velas del sencillo cheesecake que había preparado Samuel. La comida fue bastante agradable, y Raúl cada vez tenía más claro que estaba haciendo las cosas mal, que aquel matrimonio eran buena gente, y que él no se estaba comportando como un amigo. Los amigos no hacen esas cosas, pensaba el chico cada vez que alguno de los dos tenía un detalle con él.

El doctor sostenía una copa de whisky sin hielo, mientras su esposa tenía un vaso con Baileys y dos hielos, lo mismo que Raúl. Los tres charlaron abiertamente sobre política, inmigración y demás noticias que abordaban los informativos, día sí y día también.

En ese momento sonó el timbre, con un sonido de pájaros muy poco habitual. Era un timbre inalámbrico que sonaba en el mismo salón. Cuanto menos, original. Nekane se levantó, abrió la puerta y dio un abrazo a su hermano.

Alberto Lejarza. Un nombre que había repetido Raúl en su cabeza en cientos de ocasiones esos últimos días. El hombre por el cual sospechaba que había cumplido una condena injusta. En la mano llevaba una bolsa de supermercado, la cual dio a su hermana. En su interior, dos botellas de champagne francés que Nekane se encargó de meter en la nevera.

Alberto era un hombre serio, de unos 40 años. Vestía, como decía siempre Raúl, “de pijo”. Jeans presumiblemente de marca, polo Lacoste, jersey de punto colgado al cuello, y náuticos. Faltaban calcetines. ¿Quién viste así? Pensaba Raúl, quien fue presentado por Nekane, y mientras estrechaba su mano ante aquel hombre, notaba un sudor frío recorriendo su frente. En aquel momento empezó a sentirse presa de sus propios nervios. La chica se llamaba Anaïs, era francesa y apenas hablaba nada de castellano, por lo que, durante la primera media hora, no fueron pocas las bromas que hicieron a cuenta de la chica.

Raúl hablaba un petit peu de francés, e intentó, sin éxito, que Anaïs se sintiese un poco menos incómoda en aquel salón con aquella gente desconocida.

Las amistades de Cebrián iban llegando poco a poco. A las 6 de la tarde ya estaban todos.

Itziar, la prima de Nekane, llegaba con su hijo, Julen. Ella no tendría más de 22 años, y el niño no más de 4. Llevaba una bandeja de pasteles, que ella misma se encargó de meter en la nevera.

Eneko, un amigo de la familia, era abogado, cuarentón, y llegaba junto a Sonia, su mujer, que tendría edad bastante similar a la suya, y Tatiana, su hija. Tatiana no aparentaba tener más de 8 años. Sonia llevaba una bolsa con embutido. Nekane llevó la bolsa a la mesa de la cocina.

Por último, una sorpresa. Matthew Stevens. Raúl quedó impactado al ver que el mismísimo StarMask estaba allí, en una fiesta de cumpleaños en su honor, invitado por su propio psiquiatra, sin poder digerir aún. Era el protagonista de una de sus películas favoritas. Cuando Cebrián le presentó a Matthew, Raúl no pudo evitar emocionarse, e incluso su sorpresa fue mayúscula cuando Matthew comenzó a charlar con él en un castellano imperfecto, pero que se entendía de una manera bastante nítida. Por un momento había olvidado que a 3 metros de él estaba el hombre que tenía sus huellas en la ropa de la chica a la que Raúl no había violado, y era muy posible que Alberto sí fuese el violador al que debieron buscar. Matthew le estrechó la mano, y se sentó junto a él.

Nekane comenzó a sacar comida, y la puso en la mesa de centro del salón. Algunos invitados estaban, como era el caso de Raúl y de su ídolo cinematográfico, en el sofá, y los demás, sentados

en la mesa del comedor, y otros de pie. La puerta trasera de la casa quedó abierta para que los niños pudiesen jugar en el jardín, o para que, quien quisiera, pudiese estar bajo la pérgola. Hacía una tarde bastante amena, con unos 20 grados de temperatura. El atardecer desde aquella casa, a escasos 70 metros de la cima del monte Jaizkibel, era digno de admirar.

Cada cual estaba a su aire. Entre los adultos, todos hablaban con todos, excepto Anaïs, que seguía como un pez fuera del agua.

Samuel sacó copas de champagne para brindar. Raúl se preguntó por qué no tenía tarta, si en los cumpleaños era lo más habitual, y es que la tarta únicamente había sido aquel cheesecake preparado por Samuel y que únicamente disfrutaron junto a Nekane después de comer, pero no era algo que le obsesionase, y en parte, se evitaría pasar la vergüenza del típico momento bochornoso en el que se cantaba el cumpleaños feliz. Además, la vergüenza sería doble teniendo a Matthew al lado, algo que seguía sin poder creer.

19. LOS INVITADOS

A Raúl le habían dado el nombre del supuesto violador de la chica que lo denunció y que lo tuvo tres años y medio entre la cárcel y el régimen de semi libertad. Pero no sabía nada más de él, no le habían enseñado una foto suya, ni le habían contado a qué se dedicaba, por lo que estaba a ciegas en cuanto a quién era su auténtico verdugo.

Alberto era un cuarentón muy atractivo. Pelo engominado, con algunas canas, un cuerpo atlético, y un soltero muy codiciado, incluso él presumía siempre de sus conquistas habituales. Las mujeres solían caer rendidas ante él. Cada semana estrenaba nueva pareja, por lo general apostaba por modelos o mujeres que llamasen la atención físicamente. Superficial, pero un Casanova del siglo XXI. Era el máximo accionista de Bai, una cadena vasca de supermercados, conocida por tener la barra de pan más barata de Euskadi, la baguette de 12 céntimos. Ante algo así, no tenían competencia. No era más que un producto de marketing, psicología de empresario. Vender un producto muy por debajo de su precio de fábrica para sacar más dinero con otros productos. Todo estaba ya inventado al fin y al cabo.

Su acompañante, Anaïs, era la novia de la semana de Alberto, su trapo, su pañuelo de papel para saciar su instinto sexual durante unos días. En cuanto se cansara de ella, sería historia, como lo fueron Tania, Jennifer, Amaia, y así decenas y decenas de mujeres que habían pasado por su vida.

Itziar Gabilondo era prima hermana de Nekane. Rubia como el sol, delgada y con unos ojos azules que llamaban la atención, Itziar era una amante de los tatuajes. Su brazo derecho era una enorme serpiente que rodeaba en forma de “S” una espada, y en su brazo izquierdo llevaba una imagen de una sirena. Su espalda tampoco quedó huérfana de tatuajes, y, por la camiseta sin mangas que llevaba, se intuía una calavera. Todo muy siniestro. A ella le gustaba aparentar esa oscuridad y no fueron pocas las veces en las que, en el pasado, se tiñó el pelo de morena. A primera vista resaltaban en ella sus piercings, uno de aro en la nariz, y otro de bola en la lengua.

Siempre fue la niña mimada, la más joven dentro del círculo familiar, y a quien consintieron desde bien pequeña. No trabajaba, pero tampoco tenía intención de hacerlo. Huérfana de padres, fue la única superviviente de un trágico accidente teniendo ella apenas 9 años y que se cobró la vida de sus padres y de su hermano Jon, dos años mayor que ella. Alberto se encargó de su cuidado, hasta que cumplió los 18, y se fue a vivir a la casa que sus padres habían dejado como legado, y que Alberto había alquilado durante aquellos años a un matrimonio inglés. El dinero no era un problema para el ejecutivo, por lo que guardó hasta el último céntimo del alquiler de la casa en la cuenta de Itziar, la cual ya tenía una gran suma de dinero por el seguro de vida de su familia, y, sumando el dinero que tenían sus padres, tenía una economía como para vivir toda su vida sin necesidad de dedicar un solo día a trabajar.

Eneko representó durante muchos años a presos de ETA, por lo que tenía fama, poder, dinero y amor. Afiliado de Herri Batasuna, y posteriormente de EH Bildu, Eneko era partidario de una independencia total del País Vasco, algo que nunca ocultó. Se casó con Sonia, procuradora de profesión, e hija de guardia civil y ama de casa. Su amor era un imposible que se hizo real, que llegó a ocupar páginas en periódicos provinciales, e incluso nacionales.

Matrimonio cincuentón, vivían una vida de lujos que no pasaron desapercibidos para la prensa hacía algunos años, y que, tras exhaustivas investigaciones del fisco, siempre salieron bien parados de todo ello.

Matthew Stevens era uno de los actores internacionales del momento. Nekane lo conoció en Leicester, Reino Unido, donde tuvieron un breve pero intenso romance juvenil, y donde ambos estudiaban psicología en aquella prestigiosa universidad inglesa.

Matthew siempre mantuvo una buena relación de amistad con la esposa de Samuel, incluso una vez habiéndose convertido en el famosísimo actor en que se había convertido. Un casting lo cambió todo, y no dudó en olvidarse de psicología para comenzar el radical cambio de estudiar artes escénicas en Londres, especializándose en teatro, donde comenzaron sus primeros trabajos profesionales. Henry Major, un famoso productor, se fijó en él viendo al actor en una de sus obras, y quedó prendado de él. A los pocos meses ya tenía actor principal para StarMask, la película británica más cara y taquillera de la historia, y que acabó siendo una trilogía que logró 4 récords Guinness.

El actor se convirtió en un icono nacional, e incluso fue condecorado con la medalla de la Orden del Imperio Británico. El príncipe Harry era tal admirador suyo que, al conocerle, no pudo evitar pedirle a su abuela que le diese a Stevens algún tipo de mérito, a lo que ella cedió, no sin haberla insistido durante un largo tiempo.

Aquellas personas tan diferentes y tan amigas entre sí, habían llegado a una casa perdida en el monte, para asistir a una fiesta, pero Raúl, a pesar de haber charlado largo y tendido con uno de sus actores favoritos, pensaba que la fiesta no podía ser tan simple, que algo habría guardado bajo la manga de Cebrián, y recordaba las palabras de Nekane sobre chicas. Allí sólo había una chica soltera, y era la prima de la anfitriona. Algo no cuadraba, o al menos, algo faltaba, y la duda era si ese algo sería una sorpresa o si algo malo podría pasar. Había niños, lo cual le relajaba. O no.

20. VA ANOCHECIENDO

Samuel pidió a Raúl que lo acompañase un rato fuera. Salieron por la puerta trasera, la de la cocina, y se sentaron bajo la pérgola.

Ambos charlaron largo y tendido sobre el estilo de vida del chico. Nekane cerró la puerta trasera, y ya, sin niños, Samuel encendió un cigarrillo. Ofreció otro a Raúl, pero éste lo rechazó. Se escuchó cómo llegaba un coche, y el chico no pudo evitar preguntar.

—¿Viene más gente, o marchan?

—Llamé ayer a un DJ. Tenemos fiesta aún y un sótano muy bien preparado para organizar la fiesta de tu vida.

—No sé, esto me parece demasiado ya, Samuel, y se va haciendo de noche, yo preferiría marchar ya para casa.

—No digas tonterías, esta noche duermes aquí, que es tu cumpleaños y eso es un día al año.

—Mañana trabajo, y mira ya, son casi las 10 de la noche.

—Me he encargado de todo, llamé yo ayer a tu trabajo.

Raúl no se lo creía. El día anterior pidió el día libre a su jefe, y ya a regañadientes le había aceptado tener ese día libre, no sin antes haberle dejado claro que se lo descontaba de las vacaciones. A Raúl le pareció muy casual que así, sin más, le permitiese tener dos días, y más cuando no le había dicho al doctor para qué empresa trabajaba. Pero se dejó llevar. Quería que las horas pasaran ya, que todo acabase, y tenía por delante la libertad, un dinero extra, ¿y por qué no? si le despidiesen de su empresa, se lo tomaría como unos días de vacaciones. Pensaba en poder ir a algún parque temático, montarse decenas de veces en una montaña rusa, y desconectar de todo lo que había vivido todos aquellos últimos meses, incluyendo la terapia con aquel señor del que no se fiaba, pero a su vez, tampoco le había dado grandes indicios como para sospechar de él, a pesar de todo lo que le había contado sobre sus gustos y fetiches sexuales.

—Raúl, quizá no te interese, pero hablé con Alberto, mi cuñado, hace días sobre ti. Es uno de los dueños de Bai, de los supermercados, y quiere gente de confianza.

—¿Los supermercados Bai?

—En efecto. Cada local tiene siempre un encargado. Por lo general suelen ser gente de confianza, y tú serías un buen encargado. Más adelante, nunca se sabe, tengo muchos contactos y podrían ayudarte con un trabajo aún mejor. Incluso te digo que tengo amistades que tienen galerías de arte, podrías ir haciendo poco a poco una serie de pinturas temáticas y exponer en grandes galerías. No te hablo de pequeños locales, sino galerías especializadas.

—Me parece todo tan repentino, que no sé cómo digerirlo, Samuel, suena demasiado bonito, pero yo ya tengo una vida. No es la mejor que quisiera tener, pero lucho por salir adelante día a día, y eso es suficiente para mí, al menos de momento.

—Alberto te quiere para el supermercado de Amara, en pleno centro, a un paso de tu casa, mejor no lo puedes tener. Con un buen sueldo, sentado en un despacho controlando a las cajas, poco trabajo, no tienes ni que reponer.

—Vamos a ver, doctor, su cuñado no me cae bien, ¿vale? Y punto.

La puerta trasera de repente se abrió, y salieron dos hombres, corpulentos, con sendas máscaras. No eran unas máscaras simples, sino que cubrían toda la cabeza y daban un aspecto bastante desagradable. Hicieron de ese momento un instante terrorífico para Raúl.

—Dame tu móvil —espetó Samuel—. A todos los invitados les pedimos apagar los móviles

antes de entrar en casa, y a ti se te ha permitido llevarlo.

—¿Pero esto de qué va? Ni siquiera hay cobertura, además.

Los dos hombres se acercaron a la mesa, uno a cada lado de Raúl.

—Verás, Raúl. Tú debes pensar que soy gilipollas, ¿verdad?

—No, Samuel, para nada —Raúl intentaba estar tranquilo, pero ante la situación era algo imposible.

—¿Te he dicho ya que tengo muchos contactos?

—Sí, hace un momento.

—¿Y te he dicho que sé que llevas un chip en el brazo? Y, por cierto, la casa tiene un inhibidor de potencia, por supuesto activado. No tienes cobertura, ni la tendrás.

Aquella frase desencajó al chico, y se derrumbó por completo.

—¿No me pedías que te contase un secreto? Y te dije que te contaría uno que te dejaría con la boca abierta.

—Samuel, dime qué está pasando aquí, por favor. Me tienes acojonado —Raúl tenía esperanzas de que el doctor realmente fuese un buen hombre, pero en ese momento se dio cuenta de que la noche iba a ser larga, y muy dura —Como no vas a llegar a ver el amanecer, te voy a contar un cuento. Te han metido en el brazo lo que tú crees que es un chip localizador. ¿De verdad crees que por un violador hace el gobierno esas cosas? Pues no, hijo, eres muy cachondo si crees realmente en esas cosas. Es lo que pasa cuando ves películas de espías, superhéroes, que te lo crees todo.

Raúl seguía en shock. Su mundo había caído por completo. No supo cómo reaccionar, ni siquiera supo cómo articular media palabra.

—Te lo voy a contar una vez más —Nekane salió al jardín con una copa de whisky en la mano y se la dio a Samuel, quedándose junto a él—. Te la han colado hasta el fondo, chaval. Tengo un gran amigo, policía, ertzaina para ser más concreto, que me tiene al tanto de todo. Incluso le ha hecho creer a tu querida amiga Maite que hay una operación para detenernos —Sacó un teléfono del bolsillo—. Teléfono satelital, por cierto, esto sí funciona aquí. Ilusos, cuánto os queda por aprender. Si supieses cuánto nos pudimos reír con el nombre de la operación. Operación Terapia —el matrimonio no pudo evitar reír a carcajadas.

—Pero si hay gente en la operación, un subcomisario que lo lleva todo.

—El subcomisario es un mindundi, otro gilipollas que se cree todo lo que le dicen. Lo mismo que los agentes que están en el piso, ¿crees que son policías? El único policía es tu querido amigo Fran, que os ha engañado muy bien, por cierto. Tendremos que concederle una medalla al mérito.

Raúl tuvo una serie de flashbacks en su cabeza. Recordaba todos y cada uno de los pasos que le habían hecho dar el día anterior. Samuel tenía razón, podía haber sido todo aquello un paripé enorme, sin placas, uniformes reales, sí, pero no por ello debían ser agentes reales de la Ertzaintza, o ser policías corruptos, aunque Fran era ertzaina, que podía haberles facilitado los uniformes. ¿CNI? ¿El CNI actuando para detener a un violador? En aquel momento Raúl se sintió el mayor idiota del universo.

—¿Y qué es lo que me han metido en el brazo entonces?

—H₂O, Raúl, agua. Ni siquiera nos hemos molestado en envenenarte, preferíamos tenerte aquí, el día de tu cumpleaños, celebrándolo con nosotros. Todo un privilegio, por cierto.

—Yo sólo soy un chaval que quería volver a tener una vida, ¿acaso soy una amenaza? ¿qué vais a hacerme?

—Eres el rey de la fiesta, la sorpresa final eres tú. Como la stripper que sale de la tarta. No es nada personal, chaval, pero has jugado con fuego. Venías a una terapia para ser persona, pero

realmente queríais dar tu querida jurista y tú con el tío que violó a aquella chica —Nekane se sentó sobre su pierna derecha, y bebió un pequeño trago del whisky de éste.

—Mi hermano, por cierto —dijo Nekane—. Pobre iluso el niño, hoy lo he puesto cachondo —miró a Samuel y comenzaron a reírse—. Me hubiese follado aquí mismo. Que venga mi hermano —le dijo a uno de los hombres enmascarados.

Raúl tenía los ojos a un paso de reventar y salir lágrimas como ríos. Veía que su vida se iba al traste, que no tendría solución a aquella noche. Se preguntaba una y otra vez qué pasaría con él, qué le harían, cómo, cuándo.

El hombre de la máscara llegó con Alberto, éste muy sonriente.

—Vaya, vaya, vaya, qué tenemos aquí. Así que pensabas que esta noche me detendrían, que tú serías inocente y que aquí acababa todo, ¿eh, chaval? Pobre desgraciado.

—Soy inocente, y usted un puto demonio, pervertido de mierda —Raúl olvidó el miedo por un momento, siendo consciente de que algo malo vendría después.

—Me follé a esa chica aquí, justo bajo nuestros pies. Y tuvo suerte, salió viva de aquí. ¿Sabes qué hicimos? Dejarla tirada en la calle. Nunca vio mi cara, ni la de ninguno de nosotros. Tú no tienes esa suerte, ¿sabes por qué? Quien ve mi cara en esta casa, no lo cuenta. Ella no la vio, y vivió para contarlo. Hoy nadie lleva máscara, sólo estos dos macarras refiriéndose a los dos tipos fornidos—, por aquello de darle un poco de morbo al fiestón. Por cierto, sólo tu jurista sabe mi nombre. Fran nos dejó un regalito a huevo.

—¿Qué va a pasar con Maite?

—Todo a su debido tiempo, chaval.

—¿Por qué me señaló a mí esa chica? Yo no hice nada, me jodisteis la vida.

—Esa chica, María, tuvo dos opciones. O terminar muerta, o delatar al primer gilipollas que pasase a su lado. Y cuando amenazas a toda una familia, te digo yo que una persona hace caso a todo lo que se le diga. Te vio, describió tu ropa y tu físico, ¿no? Buena chica, entonces. Por cierto, un coñito virgen, con pelusilla, que ni siquiera se había depilado nunca.

—Eres un puto enfermo, tenía 16 años.

Alberto no paró de reír. Agarró el vaso de Samuel, bebió de un trago lo que quedaba, y marchó. Se dio la vuelta con gesto serio y tan sólo dijo dos palabras.

—Llevallo abajo.

Los hombres enmascarados agarraron al chico y lo fueron empujando al interior de la casa.

21. EL SÓTANO

Más allá del cuarto de baño estaban las escaleras de la casa. Raúl las había visto aquella mañana, pero no reparó en la trampilla que existía justo detrás de ellas, bajo esas mismas escaleras que el chico había observado con detenimiento unas horas antes, y que daban a un sótano. Estaba abierta, y saltaba a la vista que aquello no iba a ser un sótano corriente. Había luces ultravioletas a los lados, y las escaleras apenas se apreciaban, salvo que por los lados también tenían luces ultravioletas. Presumían tener moqueta de color negro. Todo aquello daba escalofríos, y aún no había bajado.

Tras él estaba el otro enmascarado, quien con un acento de Europa del Este le obligó a bajar.

Raúl bajó primero, detrás los dos tipos, y, como si fuese una comitiva, cerraba la fila el matrimonio, cogido de la mano y con vistosos gestos de felicidad.

Al llegar abajo, Raúl no podía creer lo que estaba viendo. Aquel sótano parecía haber sido construido mucho antes que la casa, con un tamaño mucho mayor. Presumiblemente ocuparía el tamaño de toda la casa, el jardín e incluso el caminito por donde se entraba a la puerta principal y que había servido de parking para los coches de los invitados. Al lado izquierdo había asientos de lo que parecía ser piel, incorporados a la pared, en fila. Habría capacidad para unas 40 personas por lo menos. En medio de todo, varias mesas de diferentes estilos. Raúl las contó y eran 8 las mesas que formaban parte de aquel sótano. Una de ellas llamó la atención de Raúl, al tener cuerdas y todo parecía intuir que era una mesa de tortura. Las demás mesas tenían sábanas por encima, y ocultaban toda una serie de misteriosos utensilios —a juzgar por lo que se veía, nada diplomáticos.

A la derecha, varias puertas con una serie de símbolos diferentes que no lograba apreciar bien. Raúl no sabía si podían pertenecer a cuartos de baño o incluso mazmorras, visto lo que estaba viendo. Había gente, y según avanzaba, iba viendo a los invitados del festín. Itziar fue la primera a quien pudo distinguir, estaba desnuda a excepción de un tanga, aunque no podía ver bien su atuendo concreto, debido a la baja luz del recinto.

Al levantarse y comenzar a aplaudir, Raúl pudo distinguir mejor el cuerpo de Itziar. El tanga era de cuero negro, y tenía una cola enorme a la altura del coxis. El chico no tenía la cabeza como para pensar en lo original que le pudo haber parecido, en otras circunstancias, aquel tanga, ni siquiera en quedarse ensimismado observando los firmes pechos de la chica.

Un poco más adelante se encontraban Eneko y su mujer, Sonia, besándose, y casi al final, como si estuviese apartado, Matthew, completamente desnudo, en otro de los asientos infinitos de piel, e ignorando por completo a Raúl.

Alberto no estaba, ni tampoco Anaïs, ni los niños. Aquello resultaba extraño y Raúl no podía dejar de preguntarse dónde estaba la demás gente. Los niños, posiblemente, estarían en el piso de arriba, durmiendo. Eran muy pequeños, sobre todo Julen.

Sonaba música chill out, que daba el glamuroso ambiente que pretendían los anfitriones en ese momento.

Nekane le pidió a Raúl que se sentase. Éste tomó asiento, y entre él, los dos hombres enmascarados. Ella y Samuel se dirigieron mientras, hacia la segunda puerta. Pasaron y la cerraron. Raúl seguía sin lograr deducir qué podría significar cada uno de esos símbolos.

En ese momento, algo se movía escaleras abajo. Era Alberto. Junto a él, los dos niños.

22. LOCURA

—Dimitri, cierra la trampilla. De aquí no sale nadie.

—¿Por qué dices mi nombre? —Su acento extranjero delataba su más que presumible procedencia—.

—Dimitri, Dimitri, Dimitri. ¿Qué te molesta, imbécil? Nadie te va a reconocer, eso te lo digo yo.

Alberto era un ser muy prepotente. Creía estar por encima de cualquiera, y ese momento hacía notar esa superioridad. Dimitri se quitó la máscara que tapaba toda su cabeza. Era un hombre calvo, barbudo, de unos 50 años. Se puso frente al empresario, con gesto desafiante.

—Que cierres la trampilla te digo —Alberto nunca se andaba con rodeos.

Dimitri agachó la cabeza, subió las escaleras y cerró la trampilla.

—Sentaos con Raúl —dijo Alberto a los niños—. Él os cuidará bien, seguro. Andrea, levanta ese culo gordo de ahí, y si el chaval se levanta, le partes las piernas. Y quítate la máscara, que ya saben tu nombre.

—¿Te parece gracioso todo esto? —dijo Andrea.

El otro corpulento se quitó la máscara. Era muy diferente a Dimitri. Parecía John Hamm con mayor masa corporal. Andrea rondaba los 45 años a simple vista, y tenía el estilo físico de un ejecutivo. Raúl lo imaginaba como un agente de bolsa, si a aquellos jeans cortos y su camiseta sin mangas le cambiase por traje, corbata y unos zapatos italianos. Le pegaba mucho ese estilo que Raúl imaginaba en aquel hombre.

Los niños se sentaron junto a Raúl. Tatiana a su izquierda, y Julen a la izquierda de la niña. Raúl no podía parar de preguntarse qué hacían los niños en todo ese escenario, con los padres de la cría a unos 20 metros, desnudos, besándose, e incluso por un momento Raúl los miró y estaban teniendo sexo. Aquello empezaba a ser repugnante. Itziar le miraba al chico y le sacaba la lengua, en actitud morbosa. Nada de aquello tenía el más mínimo sentido.

—¿Habíais venido alguna vez aquí abajo? —preguntó Raúl a Tatiana.

—No, pero está bien, la amiga de mamá dijo que me llevaría a la discoteca, seguro que es esto.

—¿La amiga de tu mamá?

—Sí, Sonia. Mi mamá trabajaba y su amiga me tenía que cuidar hoy porque mi padre se fue de casa.

Raúl no supo qué más preguntar. Estaba cada vez más claro que Julen tampoco era hijo de Itziar, y menos estando ella desnuda como estaba.

—Julen —hablando en voz baja y señalando a Itziar—. ¿Es tu mamá?

—Es la chica que me cuida —Julen puso la mano en la boca para contestar a Raúl, con el mismo tono de voz que el chico—.

En ese momento salieron de la puerta Nekane y Samuel, completamente desnudos. Los pechos de Nekane estaban pintados con el símbolo que había marcado en esa puerta. Samuel también tenía ese símbolo pintado en su abdomen. Raúl comenzaba a tener un ataque de ansiedad que no le permitía respirar ante tal espiral de locura. Samuel se acercó a él.

—Chico, ya casi estamos. Pero aún falta el aperitivo.

Raúl no podía hacer otra cosa que preguntarse tantas cosas sin respuestas, al menos por el momento, que aquella ansiedad se hacía cada vez más intensa.

La trampilla se abrió, alguien bajaba por las escaleras. Era Maite. Tras ella, Fran, apuntándola con una pistola. Aquella locura apenas había empezado.

23. ÚLTIMA UBICACIÓN

20:42h.

Maite se encontraba en el piso, junto con los 4 ertzainas, el subcomisario Etxebeste, y su amigo Fran. No había noticia alguna de Raúl, ni de su ubicación, de la cual nadie allí presente le contaba nada sobre lo que podría suceder. Todos esperaban, sentados. Dos ertzainas veían un partido de fútbol en el móvil. El subcomisario hacía crucigramas, y Fran leía una revista.

La mujer sentía que estaba fuera de lugar. El timbre sonó, eran las pizzas que habían encargado para compartir. Pepperoni, 4 quesos, barbacoa y otra especial de la casa, pero Maite no tenía hambre. Sentía mucho nerviosismo. Había pasado allí muchas horas, y nadie decía nada. Fran sólo se limitó a decir que estaban en un lugar cerca de un monte.

Fran comió 3 trozos de pizza. Miró el reloj del móvil, eran las 21:18h. Miró nuevamente la tablet donde tenía la localización exacta de Raúl, y, enseñándosela a Maite, le propuso salir. La mujer aceptó instantáneamente.

El agente y la jurista se disponían a salir del piso, cuando el subcomisario les interceptó.

—¿Marchan ya? La señora Gallardo puede hacer lo que quiera, pero usted está en una misión —dijo, dirigiéndose a Fran.

—Señor, necesitamos tomar un café, y justo debajo tenemos una cafetería, serán sólo 5 minutos. Si quiere acompañarnos...

—Estamos trabajando, López —El subcomisario era muy responsable y exigente con su trabajo.

—Karmelo, no me jodas —Fran se tomó una confianza extra para hablarle así a su primero al mando—. Un café y subimos, venga.

El subcomisario acabó cediendo, y bajó con ellos a tomar un café rápido. Apenas llegaban al portal, Fran tocó algo, disimulando, en la tablet, y sonó una alarma.

—Es el chip, esperad aquí, voy a por el coche.

Fran tenía el coche aparcado a unos 30 metros, por lo que tardó poco más de un minuto en recoger a Maite y al subcomisario. Guardó en el bolsillo derecho del pantalón algo parecido a un talkie, y paró el coche delante de ellos.

Etxebeste se subió delante, en el asiento del copiloto, y Maite detrás. Aceleró, y cogió la variante, que lo llevaría en menos de 15 minutos al lugar de los hechos.

Durante el trayecto, el subcomisario le preguntó a Fran acerca del operativo.

—Ya avisé al coger el coche. Viene un dispositivo especial.

—¿Quién viene? Debería llamar yo, déjeme el teléfono, por favor, yo me lo dejé en el piso — Etxebeste sentía un cierto vacío, ignorando si sería por su edad, su nulo uso de las tecnologías, o si su compañero pretendía hacerse con el control de la situación.

—Venga, ya estoy hasta los huevos —soltando la mano derecha del volante, sacó de la parte izquierda de la cintura la pistola—. Cállese la boca, viejo.

—¿Qué crees que haces, Fran?

—Calladito estás mejor, ¿ok? No os quiero escuchar más.

Sin mediar palabra, Fran giró hacia la primera salida, y en una zona cercana a Rentería sin tránsito, paró el coche.

—Fran, ¿se puede saber qué estás haciendo? —Maite no salía de su asombro.

—Te he dicho que te calles o aprieto el putito gatillo.

—Fran, joder, ¿te has vendido a alguien o qué? —Maite no podía quedarse callada, ya había callado demasiado.

Fran apretó el gatillo en la nuca del subcomisario. La cabeza de Etxebeste rebotó contra el cristal del coche, sin llegar a romperse.

—Y tú, calladita. Si dices algo, la próxima serás tú. Como si fueses mudita —Fran la apuntó con la pistola —. ¿Te ha quedado claro, zorra?

Maite asintió con la cabeza. El coche de Fran tenía asientos abatibles, por lo que salió del coche, pistola en mano, abrió el maletero y sacó una manta.

Volvió al coche y Maite se mantenía inmóvil, pero muy nerviosa. Fran tapó el cadáver del subcomisario, y arrancó el coche.

—Llegamos enseguida, voy a guardar la pistola, pero si haces cualquier tontería, te pego un tiro entre ceja y ceja. Y quiero mantener el silencio.

Para cuando llegaron a la casa gris, había anochecido del todo. Había más coches, como Fran ya sabía, y dejó el coche aparcado a unos 20 metros de la casa. Se dio media vuelta y habló hacia Maite.

—Verás, señora jurista. Os habéis metido en algo muy jodido, y mis amigos me lo pusieron a huevo para ir a por vosotros con aquella prueba, la de las huellas. Somos intocables, y con la gente intocable, no se juega. Y si juegas, lo pagas.

—¿Sois una secta o qué mierda sois?

—Una secta dice la gilipollas. Lo vas a descubrir ahora mismo. Pero ya te adelanto que yo voy a disfrutar, y tú no.

Fran salió el coche, sin dejar de apuntar con la pistola a Maite. Abrió la puerta trasera y la obligó a salir.

—Camina. Hasta la casa.

Fran se situó detrás de la mujer. La puerta de la casa gris estaba entreabierta.

—Ya nos esperaban. Pasa. Todo recto.

Ella caminaba muy despacio, temblorosa. Sentía pavor por

lo que pudiese haber allí. Aquel hombre tenía una reputación intachable como policía, y hacía menos de 20 minutos había matado a uno de los policías con más alta estima dentro de la Ertzaintza. Maite sabía que él estaría dispuesto a matarla a ella también, por lo que no convendría hacer ninguna tontería. Llegaron a las escaleras, y Fran la obligó a abrir la puerta rectangular casi inapreciable situada en el suelo.

24. EL POTRO

Maite se encontraba fuera de sí al ver semejante espectáculo. Raúl con dos niños, una chica joven semidesnuda, una pareja teniendo sexo, otro tío desnudo al fondo, y el psiquiatra que trataba a Raúl con su mujer, desnudos con símbolos extraños pintados en su cuerpo. Aquel panorama era aterrador. Alrededor de ella, cuatro hombres comenzaban a desnudarse. Uno de ellos, su amigo Fran, aquel agente de la científica en quien confió ciegamente y que había traicionado su total confianza.

A cinco metros escasos, Samuel se dirigía al hueco trasero de las escaleras, con la pistola de Fran, la cual guardó en un lugar oculto. Quitó la música chill out desde aquella zona, la cual no se podía apreciar lo que podría haber, y sacó un micrófono de diadema.

—Señoras y señores, sean bienvenidos al show del pecado. Hoy todos estamos a cara descubierta, por lo que, para nuestros protagonistas, seremos sus mejores amigos. Para comenzar la cena, un aperitivo, la señorita Gallardo nos va a dedicar un striptease integral para todos los presentes.

—No pienso desnudarme, panda de enfermos, además hay niños.

Nekane se acercó a los niños y se los llevó a la tercera puerta.

—Señorita Gallardo, sin excusas.

Maite se negó, y Dimitri le asestó un puñetazo en la mejilla izquierda. Raúl se levantó ipso facto.

—Basta ya, me desnudaré yo.

—No, Raúl, tú eres el postre. Sentadito y calladito —Samuel disfrutaba llevar la voz cantante con aquel micrófono conectado de manera inalámbrica a los innumerables altavoces que disponía aquel sótano—. Y quien haga algo que no deba, será castigado, y mucho, un castigo insufrible, eso os lo aseguro.

Entre Dimitri y Andrea llevaron a Maite casi al fondo de aquel sótano maldito, hacia uno de los objetos y muebles del centro de la sala. Aquel objeto se encontraba escondido bajo una manta dorada. Al destaparla, ella no pudo evitar comenzar a gritar. Se trataba de un potro. Estaba claro, la iban a sodomizar. Aquellos potros se utilizaban como instrumento de tortura en tiempos de la Inquisición española, aunque, con los años, fue cambiando de estilo y se comenzó a comercializar como mueble en la subcultura BDSM.

Alberto se acercó a Maite, y con una hoz arrancó todos y cada uno de los botones de la blusa de la jurista, dejando su blusa completamente abierta, y descubriendo el sujetador de la mujer.

—Te desnudas tú o lo hago yo —exclamaba Alberto, muy sosegado en su manera de hablar—. Y no pienso repetírtelo otra vez.

Maite hizo un gesto corporal, empujó levemente a los dos fornidos, y se quitó la blusa blanca que vestía y que había perdido sus seis botones. Acto seguido, se descalzó y se quitó también sus pantalones negros de vestir. Quedó en ropa interior.

—Todo —repitió Alberto.

No pudo hacer otra cosa que desabrochar el sujetador por la parte trasera, y, tapando sus pechos con una mano, miró con gesto desafiante a Alberto, y tiró el sujetador al suelo. Con la otra mano se quitó las bragas.

Fran, que había mantenido silencio, se adelantó y empujó a la mujer contra el potro. Los fornidos sujetaron las piernas y las manos de Maite, quedó cada pierna en cada lado del potro, lo

suficientemente abierta como para ser penetrada sin apenas necesidad de forzar más de lo necesario el sexo de la jurista. Alberto, a su lado, sólo miraba, sonreía, y hacía gestos hacia Fran, quien se masturbaba a escasos centímetros del trasero de Maite.

Aquellos minutos fueron eternos. Raúl no podía hacer nada, no podía levantarse siquiera de aquel asiento de piel. Samuel lo vigilaba muy de cerca, y esta gente tenía todo tipo de instrumentos para hacerles mucho más daño del que, posiblemente y en un principio, tuviesen en mente hacer, así que permaneció sentado, impotente y sin poder levantar la vista del suelo. Aun siendo el único que permanecía vestido, no pudo evitar ni por un segundo sentirse tan desnudo como Maite.

La jurista fue violada analmente por Fran, quien eyaculó dentro de su ano. Sus gritos de dolor fueron muy intensos, y aquellos minutos de penetración fueron eternos para una mujer que no podía hacer nada por evitar aquella violación a su sexo, a su persona y a su intimidad. Se sentía sucia sin ser culpa suya. Jamás había sentido tanto odio y asco hacia ella misma como sentía en ese momento, a pesar de no ser ella misma quien le faltaba al respeto a su cuerpo.

Tras Fran llegó el turno de Dimitri quien la penetró, eyaculando contra el potro. El pene del ruso era gordo, y Maite gritó como jamás debió haber gritado en su vida, sospechando tener algún tipo de fisura, un desgarró anal. Su culo sangraba muchísimo cuando Dimitri sacó su miembro del ano de la jurista, por lo que Andrea, algo más pudoroso, metió su miembro erecto dentro de la vagina de la mujer. El italiano prefirió evitar el sexo anal viendo el panorama que tenía delante, pero tampoco tuvo la más mínima pena por aquella mujer, y sólo buscaba saciar su apetito sexual. Poco antes de correrse, sacó su pene de dentro de Maite, dio la vuelta por el potro, y eyaculó contra la cara de la mujer, quien se retorció de dolor. A su vez, Eneko eyaculaba dentro de su esposa para dar por finalizado su propio aperitivo sexual.

Alberto se acercó a Maite, y se rió de ella.

—Buena chica. ¿Has disfrutado?

Ella lo miró fijamente y le escupió.

—¿Os ha gustado el aperitivo? Pues no os perdáis nuestro primer plato.

Samuel, con el micrófono, notaba cómo su voz retumbaba por cada pequeño espacio de aquel sótano reconvertido en una sala de torturas con un elemento que lo hacía diferente: el glamour, o eso creían ellos. Para la decoración de aquel tétrico lugar, se habían basado en los locales donde el matrimonio Cebrián solía ir muy de vez en cuando. Locales BDSM, donde practicaban sus oscuras fantasías. Pero aquellos locales tenían una serie de límites, y ellos sentían la necesidad de sobrepasarlos. Sin límites, el control era total en cualquier situación, y eso les excitaba. Pero no eran los únicos.

Nekane y Alberto mantenían relaciones sexuales desde muchos años atrás. La primera vez que la penetró su hermano, ella tenía apenas 11 años, y desde entonces no pudieron parar. Cuando ella conoció a Samuel en un local de intercambio de parejas, éste dejó a su mujer por ella; se podría decir que un amor a primera vista, un flechazo que perduró a pesar de la juventud de ella, y de la madurez del doctor. Gustos similares, fantasías oscuras que no podían evitar mostrarse mutuamente, y un gusto exquisito por la violencia.

—Dimitri, ponte un albornoz y abre la puerta número 5.

El ruso hizo caso a Samuel. Junto a las escaleras había dos armarios. Se dirigió hacia allí, y de uno de ellos sacó un albornoz, que sin mediar palabra se puso. Fran y Andrea también lo hicieron. Alberto seguía desnudo, y se sentó junto a Itziar. Ella le señaló a Raúl mientras hablaban y se reían.

Dimitri llevaba consigo un manojó de llaves, y, dando dos vueltas, abrió aquella quinta puerta. El símbolo que tenía junto al número era un triángulo, y dentro de esa figura, el dibujo parecía el

de una cruz. Nada tenía sentido.

El ruso entró por la puerta, y lo que sacó hizo que Raúl soltase un chillido atronador. Era Mikel.

Sus manos estaban clavadas a una tabla de madera, como Cristo en la cruz. De ahí el símbolo.

Raúl se levantó rápidamente con intención de dirigirse hacia él, o hacia Maite. No sabría realmente muy bien qué hacer siquiera. Samuel no perdió la oportunidad para lanzar una última advertencia.

—Chaval, sentadito, no te lo repito más veces, la próxima te tendremos que reventar los dedos de las manos a martillazos.

Mientras tanto, Andrea fue a por Maite con otro albornoz para ella, y una toalla de mano para limpiarse sus partes íntimas, y la acompañó a sentarse junto a Raúl para ver el espectáculo que supondría aquel primer plato.

Mikel apenas podía estar en pie. Estaba visiblemente drogado.

—¿Quién se va a comer el primer plato? —Samuel disfrutaba siendo el maestro de ceremonias, y señaló a su esposa.

Nekane levantó los brazos con efusividad ante los aplausos de los invitados. Mientras, Eneko y Sonia recién se incorporaban a ver el espectáculo.

Raúl susurraba al oído de Maite.

—¿Estás bien?

—Esa pregunta sobra, Raúl.

—Tenemos que hacer algo. No sé lo que le van a hacer a Mikel, pero, o hacemos algo, o no salimos vivos de aquí.

Maite apoyó su cabeza contra el hombro izquierdo de Raúl, sin mediar más palabra.

25. EL PRIMER PLATO

Nekane destapaba la sábana rosa. La mesa estaba vacía. Dimitri agarró de la cintura a Mikel con las dos manos, y lo tumbó en aquella mesa, mientras se dirigía a aquella quinta puerta.

La mujer del doctor mordió el pezón izquierdo de Mikel, arrancando un trozo de piel. Fue entonces cuando el chico gritó de dolor e intentó dar patatas en vano con sus pies liberados.

Dimitri acercó a Nekane una caja de herramientas muy peculiar que la mujer abrió. En su interior había un bisturí, un hacha, tijeras, cuchillos, y cuerdas.

Samuel se acercó a su mujer y le colocó el micrófono de diadema, quien comenzó su propio show.

No tuvo piedad alguna en amputar el miembro viril de Mikel con las tijeras, como preludeo de lo que iba a suceder. La cruel frialdad realizando aquel corte era impropia de una mente humana. Ante la incrédula mirada de Raúl, y ante los gritos incesantes de Mikel, la mujer se metió aquel miembro amputado en la boca e hizo el sexo oral más enfermizo que nadie pudiese haber imaginado nunca. Apenas unos segundos después, escupió el miembro del chico, dejándolo tirado en el suelo.

—¡Menuda polla más pequeña!

Los asistentes reían ante tal macabra situación. Mikel se desangraba, y, ante tal dolor, se desmayó. Dimitri fue rauda a por un bidón de agua al armario que se situaba junto a las escaleras, donde Raúl no había perdido cada lujo de detalle que se pudiese apreciar desde su ubicación, y donde intuía que tenían todo cuanto podían necesitar para escapar de aquella masacre. El ruso le arrojó parte de aquellos 6 litros de agua encima del chico, que no respondía, ni despertaba.

—No me jodas que ya se ha muerto el gilipollas —exclamaba Nekane.

Samuel se acercó, le tomó el pulso, pero carecía de él.

—Te lo has cargado a la primera, menudo hombretón te buscaste.

Nekane se sintió frustrada por un momento, sacó el hacha, y comenzó a golpearlo contra el cuello de Mikel, hasta amputar su cabeza. Con una amplia sonrisa en su rostro, y la cabeza de Mikel en la mano, se acercó a Raúl.

—Guiso de ternera.

Reía, no podía parar de reír. Maite no pudo mirar siquiera, y Raúl no pudo evitar vomitar encima de esa sádica mujer, quien golpeó su cara con la cabeza de su amigo.

—Mira cómo me has puesto, gilipollas.

Samuel se acercó, recuperó su micrófono, y le pidió a su esposa que se diese una ducha rápida. La ducha, presumiblemente, estaba en la primera puerta, lugar donde se dirigió ella. Dimitri la abrió con una de las llaves de su manojó, y la mujer pasó al interior de aquella puerta, cerrando con un sonoro portazo.

Mikel yacía, sin cabeza, pene ni pezón derecho, en aquella mesa. Itziar se levantó, miró el cuerpo desmembrado del chico, y escupió encima suyo.

—Dimitri, trae a los presentes. A todos.

El ruso obedecía al doctor. Se podía intuir que el fornido no era un miembro más de aquel sádico club, o lo que fuese aquello. Dimitri debía ser un empleado a sueldo, o un desequilibrado que, a cambio de cumplir sus fantasías, daría un servicio extra que poca gente podría hacer.

Raúl contó 8 puertas. Tras la tercera estaban los niños. Cuando Dimitri la abrió, no pudo ver nada de lo que habría en su interior, al igual que no pudo ver nada tras las demás puertas. El ruso

acompañó a los niños a los asientos. Los sentó al lado de Maite. Los cuatro estaban juntos. Faltaría Anaïs, quien salió tras abrir el ruso la octava puerta. Completamente desnuda y con la cara llena de golpes. Afortunadamente, al menos hasta ese momento, su cuerpo no había sufrido tortura alguna, ni física ni sexual. Dimitri la hizo sentarse a la derecha de Raúl, en el único asiento que quedaba libre junto a la entrada al sótano.

—Señoras y señores, niños y niñas. Como segundo plato vamos a degustar de un plato de cocina minimalista. Ya sabéis, lo bueno también viene en pequeñas dosis. Matthew Stevens, por favor, salga a firmar autógrafos.

Aquellas palabras de Samuel hacían presagiar que el segundo plato serían los niños. Raúl se preguntaba qué pasaría con ellos, qué hacía aquel matrimonio, o la chica del tanga de larga cola. Esos momentos repletos de incógnitas eran tan largos que a Raúl le parecía que estuviese pasando un siglo entero delante suyo, pero no podía imaginar cómo debía sentirse Maite después de haber sido violada por tres individuos, mientras mataban su dignidad, se reían de ella, y pisoteaban cada parte de su alma.

Samuel dio las riendas del micrófono a Matthew, quien, con una ilusión pegada a su cara y una frialdad como el acero, llamaba al escenario a Tatiana.

26. EL SEGUNDO PLATO

La mayor tortura, pensaba Raúl, no era lo que les pudiesen hacer a cada uno de ellos, sino el tener que ver lo que hacían aquellos monstruos. Matthew pidió a Andrea y a Dimitri que desnudasen a la niña. Maite, con las poquísimas fuerzas que le quedaban, tapaba los ojos a Julen. Por encima de su cadáver iba a permitir que aquel niño viese un cuerpo desmembrado, aquella gente desnuda alrededor, o lo que fuese lo que harían a aquella niña. A su vez, Raúl no había dejado en ningún momento de dar apoyo a la mujer, de acariciar su espalda, dejar su hombro como punto de apoyo, o coger fuerte su mano.

Tatiana quedó desnuda, a excepción de su ropa interior, y Matthew comenzó a tocar a la niña. Ella lloró, pero a nadie parecía importarle. Su cuerpo temblaba, y pedía por favor que la dejaran. Aquella imagen fue desoladora, y Raúl no sabía qué hacer. La impotencia les consumía, pero sabía que, o hacía algo, o aquella noche no había hecho más que empezar, y era más que probable que el siguiente en salir al centro de aquel circo de los horrores sería un crío de cuatro años, inocente, que pagaría por los vicios depravados de aquellos dementes.

Matthew comenzó a masturbarse ante Tatiana, y sólo le dijo una palabra ante los oídos de todos los asistentes.

—Métela en la boca. Chúpala.

Raúl se levantó.

—Basta ya, me importa una puta mierda que me matéis, hacedlo, dadme de hostias, pero dejad a la niña en paz, panda de hijos de puta.

Fran fue raudo y veloz a por Raúl, a quien asestó varios puñetazos en el abdomen, y lo llevó junto a las escaleras.

—Tú te has buscado esto. No nos jodas la fiesta o te parto el cuello.

Raúl seguía siendo golpeado.

—En la cara ya sabes que no. La cara es mía —dijo Samuel, señalando al chico.

Mientras, Raúl miró al fondo y vio a Matthew de espaldas, en lo que intuía ver a Tatiana moviendo su cabeza. Aquella escena era enfermiza y merecían morir todos, pero Raúl no podía hacer nada, estaba siendo el protagonista de su propia paliza, a manos de un policía en quien confiaba, desnudo, con su miembro apuntando aún erecto hacia el chico.

—Me pone tan cachondo pegarte que me voy a terminar corriendo en tu puta cara de gilipollas.

Samuel se acercó al policía, y le pidió que parase. Sacó del armario otro albornoz y se lo hizo poner.

—Es suficiente. Ya tendrá su momento, él es el postre, y para llegar al postre hay que terminar el segundo plato.

El chico recordó que Fran tenía una pistola, y vio la única oportunidad posible para poder salir de aquella vorágine de monstruosas perversiones.

—Samuel, por favor, necesito agua.

—Deberías ser un chico bueno, y no te pasaría esto —giró la cabeza dirigiéndose hacia Fran—. Trae agua al chico, y no te quiero escuchar más hasta que te toque tu turno con el crío.

Julen sería víctima de Fran. Fran había sido uno de los violadores de Maite. Raúl se temía lo peor.

El policía trajo un vaso de agua al chico, procedente de una de las garrafas que guardaban en

el primer armario, el más alejado de las escaleras. Mientras Raúl bebía el agua, se fijó en el segundo armario, semi abierto, e intentaba recordar dónde pudo dejar Fran la pistola, pero no le quedaba otra que arriesgarse y morir en el intento, o matar.

Maite miró a Raúl, y éste le hizo un gesto con la mano, como si de un juego de mímica se tratase, haciendo una leve forma de pistola. La jurista asintió con la cabeza, se levantó resintiéndose de dolor, y comenzó a gritar.

—Dejad en paz a la niña, yo te la chupo, córrete en mi cara, en mi culo, haz lo que quieras conmigo, pero déjala en paz, por favor.

Fue el instante perfecto. Todos estaban pendientes de Maite, e incluso Fran fue como un rayo a por ella. Raúl dio media vuelta rápidamente hacia el armario. Enseguida apreció la pistola de Fran, en la funda de su cinturón. Ni siquiera habían escondido el arma, por lo que ese pequeño e insignificante error era la llave de Raúl para salir de toda esa mierda.

27. EL POSTRE

Fran pegó a Maite una y otra vez en la cara. Disfrutaba maltratando a gente, pero parecía indicar aquella situación, que sobre todo le encantaba maltratar a mujeres, y era más que probable que sólo en aquel sótano hacía realidad aquellas fantasías. Maite miró a Raúl, pistola en mano, y no pudo evitar sonreír.

—¿De qué te ríes, cacho de puta?

—Mira detrás —su voz, apagada, pretendía sonar fresca—. Fran dio la vuelta, al igual que todos, que giraron la vista inmediatamente hacia Raúl.

—Al primero que se mueva le meto un tiro en toda la puta cara. Inglés de los cojones —dirigiéndose a Matthew—. Aleja tu sucia polla de esa cría echando hostias.

Samuel miró a Raúl a los ojos, y haciendo gestos con la mano para que le diese la pistola, se acercó lentamente al chico. Raúl miró la pistola. Nunca había tenido una en la mano, pero el cine le había enseñado mucho, incluido cómo quitar el seguro de una pistola. Agarró el arma con las dos manos, quitó el seguro de una manera que cualquiera pensaría que ya había usado, y sin saber que estaba ante una Glock 17, semiautomática, apuntó a la cabeza del italiano, quien estaba haciendo el amago de acercarse al chico. Parecía increíble, pero el cine le podría estar salvando la vida. A él, a dos mujeres y a dos niños.

—Si te mueves te vuelo los sesos, puto violador.

Andrea miró a Samuel, quien respondió al italiano tajantemente.

—No va a disparar. No es un asesino.

El italiano se le fue a echar encima al chico, cuando apretó el gatillo. La bala impactó en la frente, tirando al suelo al fornido, ante la mirada desafiante de Samuel.

—Enhorabuena, ahora eres un asesino. De violador de una niña de 16 años a asesino del campeón del mundo de jabalina. Muy bien, chico, te vas superando.

—Cállese la boca Raúl hizo un amago de reírse ante sus pensamientos sobre el italiano, creyendo que sería un tipo importante dentro del sector bursátil, y resultó ser un deportista. Pero aquel instante, lo último que debía hacer era reírse. Habían violado a la única persona que siempre había confiado en él —a excepción de su familia—, habían desmembrado a su amigo de la cárcel, y acababan de abusar de una niña de 8 años.

—Tatiana, ven conmigo.

La niña, aún desnuda, se escondió detrás de Raúl. Fran hizo un gesto de rajarle el cuello al chico.

—¿Me estás amenazando, hijo de puta?

Apuntó, y sin dudarlo, le pegó un tiro apuntando a la frente, pero que fue a parar directo a la nariz del ertzaina, dejándole la cara como un Miró. Su sangre salpicó el cuerpo y la cara de Anaïs, quien no pudo evitar gritar al ver aquella sangría, pero en el fondo sentía que su vida corría menos peligro que instantes antes.

—Muy bien, una eminencia deportiva en Italia, y ahora un policía. Tienes dos opciones, mueres aquí hoy, o mueres en la cárcel.

—Que se calle la puta boca, joder, o la siguiente cabeza que va a volar va a ser la suya.

—No estás bien, chico, necesitas ayuda —Samuel empezaba a tener miedo, y su mirada lo delataba.

—Soy el postre, hijo de puta, y con el postre acaba todo. Su tercer disparo acabó en la pierna

de Cebrián.

—Y no se queje, doctor, que sigue vivo.

El chico apuntó a los presentes, mientras pidió a Anaïs y a Maite que cogieran a los niños y subiesen por las escaleras. Pero él no subió. Aún no. Raúl tenía el arma, y con ella el poder, el respeto y el miedo de unos psicópatas a morir a manos de, quien se suponía, iba a ser el plato fuerte de la noche.

—Alberto, sentadito. Y los demás, igual. Todos juntitos, sentaditos en esa movida de asientos que habéis montado. Menos tú, Matthew. El actorazo aquí, a mi ladito, y ojito que si me la jugáis me puede dar un arrebató cojonudo y me pongo a meter tiros como un puto poseso. Samuel se sentó como pudo, con una herida de bala sin salida, en su pierna derecha. En el suelo, no muy lejos de ellos, yacían Andrea y Fran.

—Muy bien, ahora que estamos todos, ¿quién quiere ser el primero en hablar?

Nadie decía nada.

—Todos con las manos en la cabeza, y no lo voy a repetir porque meto un tiro a quien no me haga ni puto caso. Doctor. Con usted empezó todo, así que espero respuestas. ¿Qué cojones es toda esta mierda?

—Un selecto club.

—Un selecto club —Raúl le hizo burla—. ¿Se cree que soy gilipollas?

¿Un club de psicópatas acaso?

—Aquí satisfacemos nuestras fantasías, somos como una familia.

—Vale, ahora arrancarle la cabeza a una persona es una fantasía. ¿Os coméis personas?

—Samuel y yo practicamos canibalismo, los demás no —contestaba Nekane muy alteradamente, respondiendo antes que su marido.

—¿Y qué me he comido yo este mediodía?

—En el congelador de la cocina.

—No voy a ir ahora a la cocina, tía listilla. O me lo cuentas tú o tu marido, me la pela, pero soy muy cotilla, y quiero saberlo todo.

—Josu Ibáñez, o quizá Walter Chávez.

Raúl quedó en shock absoluto.

—¿Qué cojones? ¿Matáis ex convictos? ¿Por eso desaparecieron? Estáis enfermos, joder. Los conocía. A los dos. A uno más que al otro, y no eran santos de mi devoción, pero hostia puta, sois unos putos enfermos.

—Antes matábamos mendigos, lo sentimos, seremos unos enfermos para ti, pero es nuestra alimentación —Nekane pretendía defenderse, a pesar de saber que aquello para el 99,99% de la población mundial era indefendible.

—¿Me ibais a comer a mí? ¿Qué me pensabais hacer?

—Iba a utilizar la mesa número uno contigo —Samuel contestó sin contemplaciones.

Raúl agarró del cuello a Matthew sin dejar de apuntar su cabeza con la pistola.

—Quita la manta.

Matthew obedeció. Bajo aquella manta de color azul había una motosierra.

—Hijo de puta. Azul, como mi color, ¿ibas a descuartizarme?

¿Delante de todos estos chalados? ¿Y la puta prima y los demás qué iban a hacer?

—Nosotros sólo miramos, nos gusta mirar, pero nunca hemos matado ni violado a nadie —contestaba Eneko tartamudeando.

—Ahora el abogado se nos pone nerviosito, vaya. Un matrimonio de mirones. ¿Y el capullo del supermercado?

Alberto no se amedrentó ante aquella pistola, y se puso de pie.

—Me gusta tener el poder. Follarme zorras, y la francesita era una de esas zorras a las que me gusta meterles mi polla hasta reventarla. Pero sólo son mías, mis putas no se las folla ni este — señalaba al ruso, ni esos dos que te has cargado. Tampoco me las follo en público.

—Pues bien que te paseas en pelotas.

—Soy nudista, me gusta, ¿es pecado acaso?

Raúl, sin mediar palabra, le metió un tiro en la cara. Su sangre rebotó en Itziar. Los asistentes gritaban.

En ese momento bajó Maite.

—Raúl, el piso de arriba es una pesadilla. Tienen hasta un detonador.

—¿Un detonador?

—Si algún día pasaba algo, preferiríamos volarnos en pedazos que ir a la cárcel, sinceramente —el doctor ya sabía que no tenía nada que perder, que estaban casi condenados.

—¿Tenéis más pistolas?

—No nos gustan las armas.

—Joder, doctor, no me toques los cojones más. ¿Me estás diciendo que tenéis una puta motosierra pero no tenéis pistolas?

Maite se acercó a Raúl y le susurró al oído tras fijarse en la mesa número 1.

—Dimitri. A la mesa. Todo tuyo, Maite.

Raúl metió, sin mediar palabra, otro tiro en la nuca de Matthew, y apuntó a Dimitri. Maite cogió la motosierra y la arrancó.

—Los pederastas de mierda deberían tener esta justicia. Todos. Dimitri gritaba, poseído, y trató de correr. Raúl disparó a su pierna y cayó al suelo. El chico sacó el cargador por un momento, y vio que aún tenía balas. Fran le había dejado el cargador completo. Bien —pensó.

—Veamos, doctorcito. La pistola tiene balas para mataros a todos, dependerá de cada uno que salgáis vivos de aquí o que os meta un puto tiro y acabemos con esto por lo putísimamente criminal.

En ese momento, Maite clavó la motosierra en el pecho de Dimitri, haciendo fuerza y moviendo el aparato de arriba abajo. Los intestinos saltaban por fuera de la piel del ruso, y Maite disfrutaba haciendo de aquella carnicería su venganza más dulce. Nadie podía mirar hacia aquella escena. A Maite le resultó irónico que los energúmenos allí presentes disfrutasen tanto con la sangre, con la violencia y con el sexo más extremo, pero mientras las tripas de aquel hijo de puta salían volando de su cuerpo, pareciesen ovejitas que iban a ser degolladas. Raúl no miraba hacia el espectáculo que había creado Maite.

El miraba a los ahora a los selectos miembros del club de chalados del sótano.

—¿Queríais hacerme esto, hijos de puta, y no podéis mirar? Vaya psicópatas de mierda.

—No sabéis lo que estáis haciendo, Raúl, si nos dejáis salir de esta, no diremos nada, pero si nos encuentran muertos, mucha gente sabrá que habéis sido vosotros, y no pararán hasta encontraros.

—Cuéntame, doctor, ¿quiénes?

—No puedo decir nada, nos matarían.

—Me encantan tus chistes, doctor Cebrián. Por si no lo sabes, ya estás muerto. Te vas a desangrar, y nadie puede hacer nada por ello. Bueno, dependiendo, igual sólo pierdes la pierna. Y esto te lo digo sin tener ni puta idea de nada, pero no tardará en gangrenarte todo. Y por supuesto, no voy a hacerte un torniquete, me da asco.

—Pero mi mujer sí podría.

—Si lo hace le meto un tiro en el coño, tan cachonda que está, igual hasta se corre.

—Raúl, por favor, tú no eres así, he sido tu médico.

—No era así, doctor, tú me has hecho así. Sin ir más lejos, mira a Maite, jurista, con una carrera intachable, una gran abogada, coño, como tu amiguito Eneko, pero ella ha pasado de no mirar, de no hacer nada malo, a estar aquí a mi lado con una motosierra abriendo las putas tripas de uno de sus violadores. Esto, esto sí es justicia.

—Es venganza, Raúl, y no todo se soluciona con venganza. Raúl pegó un tiro a Cebrián, que cayó muerto contra Nekane, quien, gritando, tiró el cuerpo al suelo. La situación era rocambolesca, y lo que apenas media hora antes era un circo con las peores pesadillas que un ser humano pudiese tener, se había convertido en una espiral de venganza contra un puñado de monstruos.

—¿Quién será el siguiente? O bueno, la siguiente, porque sois tres contra uno. Tú, flipada, que con ese tanga de cola no sé qué cojones te crees, ¿qué pintas aquí?

Itziar no contestaba, lloraba, atemorizada. Mientras, Maite examinaba una por una las mesas de aquella sala de torturas.

—Mira esto, Raúl.

Aquella mesa estaba destinada para Julen, no cabía duda.

Había consoladores pequeños, de unos 8 cm, pasando hasta uno que tendría unos 14—15 cm de largo. También un osito de peluche.

—¿Un osito de peluche junto a 4 consoladores? ¿Qué cojones es esto?

—Raúl creía haberlo visto todo ya.

—Es como si quisieran haber violado al niño con los consoladores mientras el crío abrazaba al osito, no sé, Raúl, esto ya me había superado hacía tiempo.

—El hijo de puta del súper, él lo iba a violar. A un crío de 4 años. ¿Qué hacemos, Maite? Porque yo no me arrepiento de nada.

—Ni yo. Esto también se llama justicia. Tú has estado en la cárcel, y sabes bien que no tuviste justicia.

Raúl se dirigió a Nekane.

—¿Qué cojones sois? Y ni una puta mentira más. Es que ni los putos Manson, joder.

—Un club selecto, hoy éramos pocos, pero hemos llegado a estar aquí muchos más.

—Soy todo oídos.

—Empresarios, abogados, policías, jueces, actores, cantantes, e incluso políticos. En este club sólo aceptamos lo mejor de lo mejor.

—¿Lo mejor?

—Altas esferas, sí —Nekane se sentía satisfecha de hablar de esa manera.

—Y la tía lo dice con esa prepotencia, yo flipo.

—Lo que tú llamas prepotencia, yo lo llamo poder. Tenemos el poder. Podrás matarnos a quienes estamos aquí, pero no vas a matar el club. Hay más locales, ¿o te piensas que todo lo hacemos en este sótano? Nunca podrás esconderte, vayas donde vayas, el club te encontrará.

—Maite, busca cuerdas, por favor, vamos a atarlos.

—¿Y después qué?

—Tú busca cuerdas, por favor.

—Espera, vengo ahora. Tengo algo mejor.

Maite subió escaleras arriba, sin poder correr, debido al dolor, y al cabo de un par de minutos, volvió con Anaïs —quien se había podido vestir con algo de ropa un par de tallas mayor que la suya, y que había encontrado en el piso de arriba—, y varias esposas.

—Te dije que arriba tenían de todo.

Entre las dos mujeres fueron esposando a los cuatro monstruos por detrás de la espalda. Raúl les apuntaba con la pistola, y seguía preguntándose qué hacía Itziar en todo aquello.

—¿Me lo dices ahora o me quedo con la duda y te pego un tiro?

—¿Decirte qué? —Respondía Itziar.

—¿Qué pintas aquí? Estos dos sólo miran, y sólo tengo la duda de qué haces tú.

—Ya que insistes... —su nerviosismo pasó a tener una actitud chulesca Cuido niños, me gano la confianza de sus padres, cuando marchan, los recluto.

—¿Reclutar? —Ante tal cambio de personalidad instantánea, Raúl pensó que esa chica debía tener algún trastorno bipolar.

—Me los traigo, miro, y también follo.

—Cuando nos presentamos, Julen era tu hijo.

—¿Quieres que te mienta? Me follo a niños pequeños. O más bien me follan a mí, adoro sus pollitas. Alberto se lo iba a follar por el culo y después el enano me la hubiese metido a mí, pero no nos habéis dejado ese rato, hijos de puta, y te puedo asegurar que tan pequeños, sí se les sube, aunque suelen decir que no.

—No tengo fuerzas ni para matarte —Raúl ya había tenido suficiente, y se sentía hundido anímicamente—. Me repugnas, me repugnáis todos. Y supongo que el plan hubiese sido matarnos a todos.

—Tú eras el postre, la motosierra, pero la velada hubiese acabado con todos descuartizados. Y así acabaréis, hoy no, pero acabaréis así, y allí estaré yo para escupir sobre vuestras caras desfiguradas. De eso estoy muy segura. Os habéis metido con los cabrones equivocados.

Maite le quitó la pistola a Raúl, y vació el cargador contra la cara de Itziar.

—Lo siento, o lo hacías tú o lo hacía yo.

Era el momento perfecto. Maite, Anaïs y Raúl recogieron la ropa de la jurista y de la niña del suelo, sacaron ropa, móviles y llaves del armario donde los invitados habían depositado sus pertenencias, subieron por las escaleras y cerraron la trampa.

28. FUEGO

Maite instó a Raúl a subir al piso de arriba. Era un almacén a gran escala de productos que no se podrían ver en ninguna tienda, incluso costaría encontrarlos en internet. Muchas páginas web vendían productos tales como consoladores, ropa de cuero, productos de fisting para exigencias más extremas, pero allí tenían bancos de tortura, sillas extrañas que, por lo que parecían, servían para retener a una persona en la misma postura días o incluso meses, con su propio agujero para las necesidades de quien ocupase para su desgracia dicha silla.

Maite guió a Raúl a la habitación del fondo, donde estaba el plato fuerte de la casa: la bomba.

Raúl no esperó algo así ni por asomo, pero tampoco sabría cómo utilizarla.

—¿Y si no funciona o no sabemos utilizarla?

—Yo quemaría esta puta casa con ellos dentro.

Maite y Raúl miraron hacia Tatiana impresionados. La niña, tras vestirse, sacó al exterior aquel rencor que había acumulado. Madurez automática para una niña de apenas 8 años que ni siquiera había hecho la primera comunión. Acto seguido, los adultos se miraron mutuamente y asintieron con la cabeza. En una de las habitaciones, Maite había visto un bidón, así que fueron a mirar, y, en efecto, y tal como ella podía sospechar, era gasolina.

Raúl lo agarró y comenzó a rociar el piso de arriba con aquella gasolina. Siguió derramando líquido por las escaleras, el salón, la entrada y la cocina. Por último, derramó lo que quedaba por la trampilla que daba al sótano.

Anaïs, sin decir nada, fue a la cocina y buscó un mechero por los cajones. Había un paquete de tabaco, que no dudó en coger, y le dio el mechero a Raúl.

Maite no pudo evitar gritar a pleno pulmón al salir por la puerta, ante la atónita mirada de los chicos que la acompañaban en lo que sería, presumiblemente, una huida larga, demasiado larga. Sabían que los perseguirían. Sabían que los niños debían ir con ellos, puesto que no tardarían en matar a sus familias si hiciese falta. Dolía la realidad, dolía pensar en todo lo que pasaría, pero lo sabían. Sabían que no habría paz. Pero, también sabían que eran libres. Sabían que habían escapado del mismísimo infierno, y estaban allí para contarlo.

Anaïs ofreció un cigarro a los adultos.

—No, gracias, no fumo —dijo Maite, negando el ofrecimiento —Yo tampoco —respondió la francesa, mientras se encendía un cigarrillo.

—Mira la francesita, y parecía que no hablaba nuestro idioma Raúl por fin sonreía abiertamente.

—No estar a gusto no significa no hablar castellano —rio, al igual que todos.

Maite y Raúl acabaron aceptando ese cigarrillo, lo encendieron, y Raúl, mechero en mano, prendió fuego a la cortina de la entrada. La casa comenzó a arder.

Maite comprobó las llaves, y pulsó un botón. Sonó un Mazda, por lo que, tiró las demás llaves, e invitó a los demás a subir al coche.

—Es el coche de Itziar —dijo Julen, quien no había dicho nada hasta aquel entonces—. Me ha traído en este coche.

Maite comprobó aliviada que el coche tenía silla de niño. No lo había pensado hasta aquel momento, pero, evitarían ser parados por la policía por la falta de la silla, obligatoria. Tatiana no tendría, pero no les quedaba otra que jugársela. Por algo así, sería como mandar todo a la mierda si los llegasen a atrapar por algo tan básico como una silla de niño.

—¿Destino? —preguntó Maite.

—No sé vosotras, pero yo no tengo dinero —Raúl se encogió de hombros.

—Bordeaux. Mi familia nos ayudará. —Anaïs sabía que deberían escapar muy lejos, o pasarían sus vidas huyendo.

—¿Burdeos entonces? ¿Mayoría absoluta? —Maite metió los datos en el GPS y arrancó el coche.

—A ciegas, no nos fiemos. GPS fuera, es el coche de la hija de puta esa, podrían pillarnos enseguida —Raúl reparó en ello enseguida.

—Buen ojo, chiquitín. Por cierto, felicidades.

Maite dio un beso en la mejilla a Raúl, arrancó el coche, quitó el GPS del coche, y lo tiró hacia la entrada de la casa. Anaïs, junto con los niños, sonreía aliviada en la parte trasera del coche, a pesar de que, inevitablemente, miraba hacia la casa gris con una sensación de tristeza. Las llamas comenzaban a devorar todo el edificio, mientras aquellos supervivientes de una muerte más que segura y dolorosa, escapaban del mayor infierno al que habían tenido la mala suerte de vivir.

A los dos minutos escasos, la casa gris explotó. La bomba. Pues sí, funcionaba.

UN MES Y MEDIO DESPUÉS

19 de mayo, 2019.

Raúl, Maite, Anaïs, Tatiana y Julen tomaban unos batidos naturales en Amalfi, un pueblecito costero a 75 km de Nápoles. A apenas 50 metros de la terraza de la gelateria donde estaban sentados, tenían la playa.

Amalfi era un destino idílico para unas vacaciones forzosas. Poco a poco eran conscientes de lo que habían vivido. Eran unos supervivientes, y sabían que tendrían que esconderse de un poder que desconocían. Cualquiera podía ser el enemigo.

El club contaba con abogados, jueces, policías, actores, políticos, pero no sabían nada sobre aquella sociedad sin escrúpulos. Carecían de la más mínima empatía y no dudaban a la hora de matar a un bebé, de violar a un crío de 4 años o de desmembrar a una persona viva, por lo que, para ellos, no había límites ni fronteras.

Aquella nueva familia estaba unida, y no tenían la más absoluta intención de abandonarla.

Tatiana y Maite se habían hecho mucho más que amigas, eran como una madre y su hija. Ambas habían pasado por una situación traumática extrema de la que nadie se podría sobreponer, por fuerte que pudiese ser, pero sabían que unidas podrían pasar página algún día. Algún día.

No tenían un nuevo destino pensado, sólo vivían el momento, y su momento era Amalfi, en la costa mediterránea.

Ese bonito momento fue interrumpido por una llamada. La única que tenía teléfono era Anaïs, uno de segunda generación. Anti hackeo, irrastreable, y que utilizaba para estar en contacto con su padre cuando necesitase dinero o ayuda.

—Alo. Oui. Ce n'est pas possible —Anaïs colgó el teléfono y se puso a llorar.

—¿Qué ha pasado, Anaïs? —Se interesó Maite. Raúl se preocupó por aquella situación también.

—Han asesinado a mi padre.